



Rendición total

Jan Hudson

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Jackson Crow había ido muy lejos solo para encontrar a Olivia Emory. Meses antes, una inocente fiesta había acabado con el cartel de «No Molestar» colgado en la puerta de la habitación de un hotel. Desde entonces los sueños de Olivia habían estado llenos de recuerdos de aquella noche apasionada y salvaje, aunque había esperado no volver a ver a Jackson jamás. Los hombres la habían hecho demasiado daño para volver a confiar en uno. No podía permitir que aquel texano le rompiera de nuevo el corazón... cuando lo que realmente deseaba era convertirse en su mujer...

Prólogo

Se despertó repentinamente, con el corazón golpeando sus costillas. Alargó la mano para tocarla, pero el sitio estaba vacío. Algo le dijo que se había marchado hacía rato, pero se levantó de la cama gritando su nombre. El único signo de que había estado allí, la copa de champán en la mesilla de noche.

Maldiciendo entre dientes, Jackson tomó el teléfono y llamó a recepción.

-La señorita Emory se ha marchado del hotel -le dijeron.

-¿Que se ha ido? ¿Cuándo?

-No lo sé. ¿Quiere que lo compruebe en el ordenador?

-Sí.

Jackson maldijo un poco más mientras esperaba y de nuevo cuando le dijeron que se había marchado a las nueve de la mañana, con lo cual le llevaba tres horas de ventaja.

¿Eran las doce?

El nunca se levantaba tarde... pero aquella noche apenas había dormido. No se cansaba de ella. Jamás había conocido a nadie como Olivia, nunca había tenido tal conexión con una mujer.

Desde que la vio en la cena la noche antes de la boda supo que era alguien muy especial.

Y todo el mundo se dio cuenta de la química que existía entre la dama de honor de Irish Ellison y el padrino de Kyle Rutledge.

El problema era que siempre estaban rodeados de gente, como ella deseaba. Incluso le había dicho que se perdiera cuando la tomó del brazo para salir al jardín. Pero Jackson no se rindió. Dios no le había dado mucho cerebro, pero sí suerte y determinación. Y estaba decidido a conseguir a Olivia Emory como fuera.

Jackson se puso los pantalones del esmoquin y las botas vaqueras y empezó a lanzar maldiciones al no encontrar la camisa. A toda prisa, se puso una sudadera de los Cowboys de Dallas que sacó del cajón y entró en el ascensor.

Cuando salió del hotel estaba nevando. El taxista se ganó una propina por

ahorrarle unos minutos, pero cuando llegó al aeropuerto de Akron descubrió que el vuelo de Olivia había salido dos horas antes y que, en ese momento, las pistas estaban cerradas por la nieve hasta que pasara la tormenta.

Mientras volvía al hotel, Jackson se sentía como un hombre roto. Estaba colado por Olivia Emory. Colado como nunca.

Era raro que se hubiera fijado en ella, por guapa que fuera. Olivia era una chica muy brillante y él, más tonto que Abundio. Y nunca le habían gustado las mujeres que se hacen las duras. Conocía demasiadas con ganas de jugar como para perder el tiempo.

Pero ella era especial. Lo supo desde el principio.

Había estado observándola durante todo el fin de semana en la boda de su primo Kyle porque, a pesar de lo que dijera, tenía la impresión de que también ella se sentía atraída. Aun así, no lo dejaba apretarla en la pista de baile y se portaba como una maestra de escuela.

Hasta que, de repente, se aplastó contra su pecho.

-Llévame bailando hasta la salida -le dijo al oído-. Y vámonos de aquí.

-¿Estás enferma?

Olivia negó con la cabeza.

Jackson no cuestionó el repentino cambio de opinión, achacándolo a su proverbial buena suerte... o a sus encantos masculinos. Salieron del hotel y fueron a un pequeño restaurante, donde tomaron champán y hablaron hasta las tantas.

Y se rieron. Se rieron mucho. Le gustaba su risa, sexy como el demonio. Jackson le contó un montón de chistes solo para verla reír.

De vuelta en el hotel, la besó en el ascensor. Y cuando se abrieron las puertas, entraron en su suite como si fuera lo más natural del mundo. Hacer el amor con Olivia había sido increíble. Más de lo que nunca hubiera imaginado.

Y por la mañana ella había desaparecido. Jackson tenía el corazón roto... y estaba helado.

Solo entonces se dio cuenta de que no llevaba abrigo. Aquella mujer lo había vuelto majareta.

Cuando estaba pidiendo la llave de su habitación, el recepcionista le dio un sobre.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-¿Qué es esto?

-Un mensaje para usted, señor.

Jackson abrió el sobre y leyó la nota, incrédulo. Después, hizo una bola con el papel y entró de dos zancadas en el ascensor.

Pensaba ir a Washington aunque tuviera que hacerlo en una máquina quitanieves.

Capítulo Uno

Aquello era un error, pensó Olivia, sentada en el banco de una iglesia de Dallas.

No debería haberse dejado convencer por su amiga Irish para ir a la boda de su hermana. Las bodas dan mala suerte. Si hubiera seguido hasta Austin sin pararse en casa de Irish, no estaría metida en aquel lío. Pero lo estaba.

En cuanto lo vio esperando en el altar con su hermano y los demás, supo que llevaba un año y medio mintiéndose a sí misma. Los sentimientos seguían allí. Solo con verlo su corazón se encogía como una pasa.

De repente, el aroma de las flores le dio náuseas. Y su instinto de supervivencia le dijo que saliera corriendo.

Pero cuando iba a levantarse empezó a sonar la música y la primera dama de honor apareció en el pasillo.

Notaba la mirada del hombre clavada en ella e intentó no mirar. Pero no pudo hacerlo. Y cuando sus ojos se encontraron, la música y la gente desaparecieron. El tiempo quedó suspendido.

Olivia maldijo su estupidez por estar allí.

Otra persona podía esconderse en excusas, pero ella no. Ella era psicóloga. Como la proverbial polilla a la luz, había acudido a Dallas para ver a Jackson de nuevo.

Con un tremendo esfuerzo, se obligó a sí misma a observar la ceremonia. Eve Ellison, la hermana de Irish, estaba guapísima con un sencillo vestido de raso color marfil. Matt Crow, el hermano de Jackson, miraba a su novia con los ojos llenos de amor. Irish, embarazada, era una de las damas de honor y Kyle Rutledge, su marido, uno de los testigos.

A pesar de sus esfuerzos, Olivia apenas oía nada. Solo podía mirar a Jackson y... la puerta de la iglesia. Pero no quería levantarse en medio de la ceremonia y tampoco quería enfrentarse con él.

En cuanto pudiera, saldría corriendo de la iglesia, tomaría un taxi e iría a casa de Irish...

¡Maldición! No tenía llave de la puerta.

-Puede besar a la novia.

Olivia levantó los ojos y vio a los novios besándose. Y a Jackson mirándola. Nerviosa, sujetó el bolso con las dos manos, como si no fuera con ella.

Los novios empezaron a caminar por el pasillo, con Jackson y Irish detrás. Cuando pasaban a su lado, ella se quedó mirando una vidriera como si fuera la obra de arte más interesante del mundo.

Esperó hasta que habían salido todos los invitados y después abrió una puertecita lateral.

Allí, apoyado en la pared, estaba Jackson Crow.

-¿Ibas a alguna parte?

-Yo... estaba buscando el servicio de señoras.

-¿En una iglesia?

-Ah, no. Es verdad, qué tonta.

-Pues has tenido suerte porque en esta hay uno. Por esa puerta -dijo Jackson-. Te espero.

-No hace falta, gracias. Tú tienes que hacerte fotografías con los novios...

-Te espero.

Olivia se tomó su tiempo, arreglando su maquillaje, pasándose el peine... Y, por fin, con la cabeza bien alta, abrió la puerta. Jackson sonrió.

-Por fin. ¿Sabes cuánto tiempo estuve buscándote cuando desapareciste de Akron?

-Me marché a Washington.

-Después de eso. Yo llegué a Washington a medianoche, pero ya te habías marchado. Menos usar a los perros hice de todo para encontrarte.

-Fui a casa de una amiga en Colorado... aunque no es cosa tuya.

-Claro que es cosa mía. Después de aquella noche...

-Prefiero olvidar esa noche, Jackson -lo interrumpió ella-. No sé... no sé qué me poseyó. Debió ser el champán. Yo no bebo mucho y... en fin, preferiría que fueras un caballero y te olvidaras de lo que pasó entre nosotros.

Jackson tenía una sonrisa en los labios. Unos labios que habían plagado sus sueños durante un año y medio. Recordaba su sabor...

-Me temo que no lo he olvidado, preciosa -dijo él entonces, levantando su

barbilla con un dedo-. Aunque mi madre intentó convertirme en un caballero, tengo buena memoria.

Aunque el roce la turbó, Olivia dio un paso atrás. No había sitio para un hombre en su vida. Y mucho menos un hombre como Jackson Crow.

Si no se hubiera quedado aterrorizada al ver a su ex marido en la pista de baile, no se habría ido con él aquella noche. Pero la asustó tanto que Thomas la hubiese encontrado que su único pensamiento era escapar.

-Tienes que olvidarlo porque no volverá a repetirse -le espetó-. Y ahora, si me perdonas... -Olivia intentó pasar a su lado, pero él se lo impidió.

-No tan rápido. Ahora que has vuelto, no pienso dejarte ir.

Una puerta se abrió al otro lado del pasillo y el abuelo de Jackson asomó la cabeza.

-Jackson... debería haber imaginado que estabas con una chica guapa. Perdona, señorita... Jackson, ven ahora mismo o tu madre de despellejará vivo.

-Voy enseguida, abuelo.

-Por favor, ve -dijo Olivia.

-Si me voy, saldrás corriendo.

El abuelo de Jackson, conocido por todo el mundo como Cherokee Pete, se acercó. Tenía el pelo gris y llevaba dos trenzas, al estilo indio. Desde luego, era un tipo peculiar.

-Pero si es Olivia Emory. ¿Cómo estás, guapa?

Ella sonrió.

-Olivia Moore. Y estoy bien, señor Beamon.

-¿Moore? ¿Te has casado? -preguntó Jackson.

-No me llames señor Beamon -le dijo el abuelo-. Sigo siendo Cherokee Pete. Ve con tu madre, Jackson. Yo me encargo de Olivia hasta que terminéis con las fotos.

Jackson no se movió.

-¿Te has casado?

Mentir hubiera resuelto multitud de problemas, pero no podía hacerlo.

-No.

-¿Entonces?

-Es una historia muy larga.

-Tengo tiempo.

-No es verdad -intervino su abuelo-. Ya hablarás con ella más tarde -añadió, empujándolo sin miramientos-. ¿Quieres venir conmigo en la limusina, Olivia? Seré la envidia de todo el mundo si aparezco en el banquete con una chica tan guapa del brazo.

-De acuerdo -sonrió ella-. Eres un donjuán, Pete. Ahora veo de dónde han sacado el encanto tus nietos.

Él le guiñó un ojo.

-Les he enseñado todo lo que sé. En marcha, Olivia. Mientras vamos a ese restaurante tan cursi, puedes contarme por qué ahora te llamas Moore. ¿Dices que no te has casado?

-No. Llevo tres años divorciada y he decidido recuperar mi apellido de soltera -contestó ella. No era toda la verdad, pero decidió que era la mejor explicación.

En realidad, Moore era un apellido que había sacado de la guía telefónica en Durango. Su verdadero apellido de soltera era Emory. El de casada, Fairchild.

Pete asintió.

-¿Querías borrar el apellido del canalla que te quitaste de encima?

-¿Cómo sabes que mi ex marido era un canalla?

-Si no lo fuera, seguiría casado contigo. En mi opinión, debía ser un completo idiota para dejar que se le escapara una mujer como tú.

Ojalá la hubiera dejado escapar, pensó Olivia mientras entraban en la limusina.

-Pero me alegro de que sigas soltera -siguió Pete-. Parece que a Jackson le gustas mucho y yo tengo que hacerte una proposición.

-¿Una proposición?

-Sí. Siempre he querido que mis nietos encontrasen una buena esposa. Me sentí muy feliz cuando Kyle se casó con Irish y ahora que Matt se ha casado con Eve. Pero me quedan dos más. Y creo que es hora de que Jackson, el mayor, sienta la cabeza con la chica que lo tiene loco.

-¿Ah, sí? -murmuró ella, poniéndose como un tomate-. ¿Quién es esa chica?

-Tú -contestó Pete.

-¿Yo?

-Sé que mi nieto está colado por ti. Se puso como un oso con la pata en un cepo cuando no pudo encontrarte. Te buscó por todas partes, ¿eh? Durante muchos meses. Yo creo que eso te convierte en una chica muy especial. Y ahora, voy a hacerte una proposición: si te casas con Jackson, el día de la boda te daré dos millones de dólares.

Olivia se quedó mirándolo, atónita. Sabía que Cherokee Pete, a pesar de las coletas y la actitud rústica, era multimillonario. Pero no podía creer que estuviera haciéndole esa oferta.

-¿Dos millones de dólares? -consiguió decir-. ¿Casarme con Jackson? Lo dirás de broma.

-No. Lo digo muy en serio. Acabo de darle a Eve sus dos millones por casarse con Matt.

-¡Pero eso es absurdo! Yo no me casaría con tu nieto por dos millones de dólares.

El hombre dejó escapar un suspiro.

-La verdad es que Jackson no sería fácil para ninguna mujer... no le falta carácter, ya me entiendes. Es un buen chico. Pero es el mayor de mis nietos y creo que ya es hora de que deje de andar de flor en flor y forme una familia.

-¿Qué?

-Tú eres psicóloga, Olivia. Y me parece que eres la persona adecuada para domarlo. Además, Iris me ha dicho que eres muy lista.

-Demasiado lista como para casarme con Jackson No estoy interesada en domarlo, Pete Ni estoy buscando marido.

-No hace falta que te decidas ahora mismo Tomate tu tiempo. Pero sería muy importante para mi ver feliz a mi nieto. Mira... incluso aumentaría la cantidad a cinco dólares.

Capítulo Dos

Jackson no esperó a la familia. En cuanto se hicieron las fotos, salió como alma que lleva el diablo. Debía haber rebasado el límite de velocidad entre la iglesia y el restaurante unas cuarenta veces, pero le daba igual. Quería encontrar a Olivia.

La idea de que volviera a escaparse lo hacía sentir un sudor frío.

No tenía ni idea de por qué lo afectaba tanto, pero Olivia Emory... Monroe tenía algo que lo volvía completamente loco. Después de un año y medio seguía pensando en ella todo el tiempo.

Quizá era precisamente su ausencia lo que la había convertido en una diosa. Quizá si pasaba algún tiempo con ella se daría cuenta de que era una mujer normal, nada parecida al ángel que recordaba.

Quizá...

Cuando entró en el salón y vio a Olivia con su abuelo, los «quizá» se fueron por la ventana. Solo con mirarla su corazón latía como un tambor. Era preciosa. Largas piernas, labios que parecían estar rogando ser besados y unos ojos en los que hubiera podido ahogarse.

Preciosa, desde luego. Pero había algo más, algo que lo agarraba por el cuello, algo que no podía definir ni entender.

Era la clase de mujer por la que los hombres escriben poesías... aunque él no podría escribir una así le fuera la vida en ello.

Cada vez que la miraba, se acordaba de un pájaro que encontró de niño. Un vencejo azul.

Cuando tenía once años, le regalaron un rifle de aire comprimido y, después de las consabidas advertencias sobre cómo usarlo, algo que Jackson no creía necesitar porque llevaba un año usando el rifle de Scooter Franklin, salió con su abuelo a pegar tiros.

Después de tirar sobre latas y botellas de cerveza, miró alrededor para ver si encontraba algo más interesante. Entonces vio el vencejo sobre la rama de un árbol y le disparó sin pensarlo.

El animalillo cayó de la rama y Jackson se sintió como un depredador. No había querido matarlo, no quería hacerle daño. Corriendo, se acercó al animal que batía las alas en el suelo, malherido. Intentó tocarlo, pero el

vencejo lo picaba, asustado, y, al final, acabó llorando y con las manos llenas de sangre. Por fin, se quitó la camisa y lo atrapó con ella.

El abuelo Pete le entablilló el ala y lo mantuvo en una jaula hasta que pudo volver a volar de nuevo.

Desde entonces, Jackson había guardado el rifle en un armario y no volvió a usarlo jamás. Nunca olvidaría la expresión de pánico en los ojos del animal, que necesitaba ayuda pero, instintivamente, se apartaba de quien podría ser su ejecutor.

Olivia tenía la misma expresión, como si también ella estuviera luchando por sobrevivir. ¿Le habrían hecho daño? Jackson deseaba abrazarla, apretarla contra su corazón y decirle que él la protegería de todo.

Algo absurdo, desde luego. Ella era la psicóloga. Y él solo era un tipo con suerte, con más dinero del que podía gastar y que, para que no lo llamasen vago, dirigía su propio club de golf para millonarios.

Aun así, no pensaba dejarla escapar. Tenía que ir despacio, con calma.

Pero ella lo miró como un cervatillo asustado cuando le quitó la copa de vino de la mano.

-Vamos a bailar.

-No hay música -replicó ella, apartándose-. La orquesta todavía está afinando.

-Yo tararearé hasta que empiecen -dijo Jackson, atrayéndola hacia sí-. ¿Qué te apetece? ¿Un vals, un tango? Soy un maestro del tango.

Riendo, Olivia se apartó.

-Compórtate.

-Prefiero no comportarme -sonrió él, guiñándole un ojo.

-Jackson, tu abuelo -dijo Olivia, en voz baja.

-Mi abuelo se ha ido.

-¿Dónde? Estábamos hablando -murmuró ella, mirando alrededor.

Jackson se encogió de hombros.

-Ni idea. Pero Pete es listo y sabe cuándo está de más. Si no quieres bailar conmigo, podríamos tomar algo. El bar está abierto.

-Solo el vino que me has quitado antes. Jackson le hizo un gesto a uno de los camareros que pasaban con bandejas y tomó dos copas de champán. - Para ti.

-Gracias -dijo Olivia, sin mirarlo.

Él acarició uno de sus rizos oscuros. No podía dejar de tocarla.

-Te has cortado el pelo.

-Solo un poco.

-¿Has perdido peso?

-Un poco.

-¿Por qué escapaste de mí?

-No escapé.

-¿No? Pues yo habría dicho que sí.

-Simplemente me fui.

-¿Y por qué tanta prisa?

-Te lo expliqué en mi nota. Tenía que tomar un avión para volver a casa.

-Pero no fuiste a tu casa, Olivia. Desapareciste de la faz de la Tierra. Lo sé porque te busqué por todas partes. Tu compañera de piso, Kim, no sabía dónde estabas. Ni siquiera Irish, tu mejor amiga. Pensé que Kyle iba a estrangularme cuando interrumpí su luna de miel.

-Ya te he dicho que me fui a Colorado, a casa de una amiga. Me ofrecieron un trabajo y lo acepté.

-¿Sin dejar una dirección?

Ella se tomó el champán de un trago.

Jackson sonrió. Tenía que ir más despacio.

-¿Quieres otra copa?

-No, gracias.

-Irish no me había dicho que venías a la boda. ¿Es la primera vez que vienes a Texas?

-He estado aquí varias veces. Y no sabía lo de la boda. Pasaba por aquí y me enteré de casualidad. Ya conoces a Irish, enseguida llevó mi maleta a la habitación y, de repente, estaba vistiéndome para ir a la iglesia.

-¿Pasabas por aquí?

-Sí.

-¿Dónde ibas?

-A Austin.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-¿A Austin? -repitió él, esperando una explicación.

-Sí -contestó Olivia.

Sacarle información era más difícil que sacar leche de una alcuza.

-Jackson, amigo -escucharon una voz tras ellos-. Debería haber sabido que intentarías monopolizar a esta mujer tan guapa. Hola, Olivia, me alegro de volver a verte. Soy Mitch Harris, nos conocimos en la boda de Irish...

-Ah, sí, es verdad -murmuró ella.

-Me han dicho que vas a trabajar con la doctora Journey, en la Universidad de Texas. Así que, vamos a ser vecinos. ¿Puedo ser el primero en darte la bienvenida?

Molesto porque Mitch Harris sabía más sobre Olivia que él, Jackson lo miró con cara de pocos amigos.

-Piérdete, Mitch. Esta es una conversación privada.

-Oye, oye, esa no es forma de hablarle a tu gobernador.

-Tú no eres mi gobernador. Ni siquiera voté en las últimas elecciones.

Desgraciadamente, Olivia miraba a Mitch con cierta admiración. Lo que le faltaba... ¿Por qué tenía que haberle dicho que era el gobernador?

-Ahora me acuerdo de ti. Pero no sabía que fueras el gobernador de Texas -dijo ella entonces para más inri.

-No lo era cuando nos conocimos. Lo soy desde el mes de enero.

-Felicidades, gobernador.

Mitch apretó la mano de Olivia durante un tiempo que a Jackson le pareció innecesariamente largo.

-La única razón por la que lo eligieron es porque, en la universidad, jugaba al fútbol. La gente no sabe que tiene la cabeza hecha polvo de tantos golpes.

-¡Jackson! -exclamó ella, sorprendida.

Mitch soltó una carcajada.

-Yo creo más bien que fue porque mi oponente se vio envuelto en un escándalo pocas semanas antes de las elecciones. Nadie se sorprendió más que yo, pero gané de una forma justa.

-Seguro que estás siendo modesto -sonrió Olivia.

-No lo está siendo -intervino de nuevo Jackson-. Mitch Harris no ha sido

modesto en su vida. Y si no desapareces en medio segundo, no te dejes entrar en mi campo de golf.

-¿Estás intentando librarte de mí?

-¿Tú qué crees?

-Bueno, entonces supongo que tendré que marcharme. Hablaremos más tarde, Jackson. Olivia, encantado de volver a verte -dijo el gobernador, ofreciéndole una tarjeta de visita-. Llámame cuando te hayas instalado y te enseñaré la ciudad. Austin tiene los mejores restaurantes del estado.

Si no se hubiera ido en aquel momento, Jackson le habría dado un puñetazo. En lugar de eso, le quitó la tarjeta a Olivia y la hizo pedazos.

-¡Jackson! ¿Por qué has hecho eso?

-¿Hacer qué?

-¡No seas idiota! ¿Por qué has roto la tarjeta de Mitch?

-Porque no quiero que lo llames. Aléjate de ese hombre, es peligroso. Vamos a bailar.

-¿Peligroso?

-Sí. Se tiñe el pelo y llevaba calzoncillos de corazones.

Olivia soltó una carcajada.

-Jackson, ¿es que nunca hablas en serio?

-Más de lo que te imaginas, preciosa -contestó él, tomándola por la cintura-. Ahora mismo estoy muy serio.

-¡Olivia! -escucharon una voz entonces.

-¡Kim! -exclamó ella-. Qué alegría verte. Estás guapísima.

Las dos amigas se abrazaron como... como si fueran dos huerfanitas, pensó Jackson. ¿Es que no iban a dejarlos en paz?

-¿Por qué no me has escrito? Estábamos preocupados por ti.

Olivia se encogió de hombros.

-Ya me conoces. Venga, vamos al baño a cotillear.

Y se fue. Jackson se quedó echando humo. Por un momento, pensó seguirla al servicio de señoras, pero decidió que no era buena idea.

Entonces se volvió buscando a Mitch. Tenía cosas de qué hablar con su viejo amigo.

No quiso aceptar su ofrecimiento sabiendo que acabaría humillado. Jackson conocía bien sus limitaciones.

Pero las cosas habían cambiado. Quizá terminaría con el rabo entre las piernas, pero iba a arriesgarse. Le diría que sí e intentaría no quedar como un idiota. Después de todo, llevaba años haciéndole creer a todo el mundo que no lo era. Y Olivia se merecía cualquier riesgo.

Olivia y Kim hablaron sin parar durante veinte minutos.

-Tengo que marcharme, pero nos veremos mañana en casa de Irish -se despidió su amiga-. No sabes qué alegría me ha dado volver a verte.

-Ya mí también.

Olivia se quedó un momento en el baño, retrasando su vuelta al salón.

Kim, Irish y ella habían vivido juntas en Washington y se hicieron muy amigas. Kim estudiaba en la universidad y trabajaba por las mañanas para la congresista Ellen Crow O'Hara, la hermana mayor de Jackson. Irish, que había heredado la casa en la que vivían, trabajaba en una clínica de estética, intentando olvidar un terrible atraco en Nueva York que había terminado con su carrera como modelo.

Olivia estaba haciendo el doctorado en Psicología e intentando recuperarse de su divorcio.

Su amistad con aquellas dos mujeres la había salvado. Se convirtieron en hermanas, lo más parecido a una familia que tuvo nunca.

Su madre había muerto cuando ella tenía diez años, su hermano Jason se marchó de casa en cuanto cumplió los dieciocho y su padre, un famoso cardiólogo de Palm Springs, la había desheredado cuando se divorció de Thomas.

Aunque romper la relación con su padre no fue una gran pérdida. Era un tirano cuyos abusos habían llevado a su madre al suicidio, a su hermano a la calle y a ella... a un terrible matrimonio con un hombre que era una réplica de su progenitor.

-¿Olivia?

-Hola, Irish. La boda ha sido preciosa. Eve parece muy feliz.

-Lo es. Pero tú pareces triste.

Ella negó con la cabeza.

-No, qué va. Es que estaba acordándome de nuestros buenos tiempos en

Washington.

-Lo pasamos bien, ¿eh? Pero venga, los novios están a punto de cortar la tarta y Jackson está haciendo un agujero en el suelo. Me ha pedido que viniera a buscarte.

-Irish, yo no quiero tener nada con Jackson. No estoy preparada para una relación seria. Me han hecho daño demasiadas veces.

-No te preocupes por Jackson. No creo que lo de «relación sería» esté en su vocabulario. De hecho, te vendría bien alguien como él. Tienes que soltarte un poco el pelo y pasarlo bien. Venga, vamos.

Olivia no tuvo más remedio que seguirla.

A pesar de su decisión de mantener las distancias, Jackson estuvo a su lado constantemente y, la verdad, lo pasó bien.

Era un bailarín maravilloso y se lo dijo mientras daban vueltas por la pista de baile.

-Gracias. Me gradué en danza y póquer en la universidad.

Olivia soltó una carcajada.

-No, en serio. ¿En qué te graduaste?

-En nada importante. Los estudios nunca me han interesado como a mis hermanos. Ni siquiera habría ido a la universidad si no hubiera sido por mi abuelo Pete.

-Ah, sí. Recuerdo que Irish me contó que habías llegado a un acuerdo. Él pagaría la universidad de todos sus nietos y os daría un millón de dólares cuando terminaseis.

-Sí. Después teníamos cinco años para doblar esa cantidad. Si lo conseguíamos, no tendríamos que devolverle el primer millón. Mi hermana invirtió el dinero en un invento de su novio, ahora su marido. Matt abrió una empresa de alquiler de avionetas y se hizo rico. Kyle se ha forrado estirándole la cara a las estrellas de Hollywood. Mi primo Smith abrió una empresa de informática cuando estaba en la universidad y ha hecho una fortuna...

-¿Y tú? -preguntó Olivia-. ¿Cómo doblaste tu dinero? Porque supongo que lo hiciste.

-Sí. Mi mayor talento siempre ha sido la suerte, así que compré un millón de dólares en lotería.

-¿No lo dirás en serio?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Si lo piensas, tenía muchas posibilidades. Gané once millones de dólares.

-¿De verdad?

-Por supuesto.

Olivia sacudió la cabeza.

-Jackson Crow, estás loco.

El sonrió.

-Desde luego que sí. Estoy loco por ti, Olivia Emory.

-Moore.

-Perdón. Moore. Me alegro de que ya no lleves el apellido de ese idiota.

Ella le contó la misma historia que le había contado a su abuelo. Era asombroso lo fácil que le resultaba mentir, especialmente porque su vida dependía de ello. Había cambiado de apellido dos o tres veces desde la última vez que vio a Jackson. Y el engaño debía estar funcionando porque Thomas no había vuelto a localizarla.

-Relájate -le dijo él al oído.

-¿Perdona?

-Te has puesto muy tensa.

-Lo siento. Es que estoy cansada.

-Soy yo quien lo siente. Llevamos bailando casi una hora... pero era la única forma de abrazarte sin que me echasen una bronca. Vamos a sentarnos un rato... Oh, no, mi madre me está llamando. ¿Te importa charlar con mi familia un poco más?

-No, claro que no. Me caen muy bien tus padres. Son encantadores.

-Curiosos más bien.

-¿Sobre mí? ¿Por qué?

-Digamos que están intentando averiguar si podrías ser una buena nuera.

-¿Qué?

Jackson soltó una risita.

-No te preocupes, preciosa. Yo no pienso casarme con nadie.

Olivia fue cordial con los señores Crow, pero cuando Jackson se acercó a charlar con unos amigos aprovechó para apartarse.

No tenía intención de volver a caer en sus brazos. Lo que ocurrió un año y

medio atrás fue solo porque Thomas apareció en el banquete.

Olivia salió al patio y se sentó en un banco de piedra, esperando que no la vieran desde el interior.

Se sentía un poco ridícula, una mujer adulta escondiéndose como una niña. Pero llevaba tantos años haciéndolo para sobrevivir que era una respuesta casi como la de los perros de Pavlov. Algo instintivo. Cuando se sentía amenazada, salía corriendo.

Jackson Crow no era una amenaza física para ella, pero no se fiaba. Desgraciadamente parecía elegir siempre hombres abusivos. Creyó que Rick, su novio de la universidad, era un chico cariñoso hasta la primera vez que perdió los papeles. Y su ex marido, Thomas...

Olivia sintió un escalofrío.

Desde entonces había rechazado mantener una relación seria con ningún hombre. No tenía fuerzas para ello.

Y tampoco quería volver a tener una aventura con Jackson. Aunque siempre estaba haciendo el payaso, intuía que en realidad era un hombre muy intenso. La primera vez que sus ojos se encontraron, se estremeció. La primera vez que la besó, su cuerpo era un incendio. Y cuando hicieron el amor... perdió la cabeza.

Y esos sentimientos seguían allí.

Jackson Crow era un problema. Afortunadamente, cuando ocupase su nuevo puesto en Austin estarían a trescientos kilómetros de distancia.

Con un plato en cada mano, Jackson miró alrededor.

Mitch Harris apareció entonces.

-¿Has perdido algo?

-Sí -contestó él.

¿Dónde demonios estaba Olivia?

-¿Has pensado lo de formar parte de la Comisión?

-Tengo otras cosas en mente.

-Ya me he dado cuenta -rió su amigo-. Una mujer muy guapa.

-No pongas tus sucias manos sobre ella, Mitch. Esta chica es especial. Si intentas algo, te parto las dos piernas.

Mitch hizo un gesto con las manos.

-Tranquilo. Oye Jackson, de verdad quiero que pienses lo de la Comisión. Eres listo y no conozco a nadie que tenga las cosas tan claras como tú.

Él hizo una mueca.

-Qué mentiroso eres.

-No, en serio. Tú conoces el negocio del petróleo de arriba abajo y me vendrías muy bien en la Comisión. Eres perfecto para el puesto.

-La verdad es que lo he estado pensando. Pero tendría que mudarme a Austin, ¿no?

-Me temo que sí. Pero no es permanente... solo hasta las próximas elecciones, ya sabes.

Además, en Austin tenemos buenos campos de golf.

-Ninguno tan bueno como el mío. Además, los campos de golf de Austin no son lo que más me interesa ahora mismo.

-Ya -sonrió Mitch-. Pero pronto tendremos algo que ninguna otra ciudad del estado tiene: a la encantadora Olivia.

Jackson no pudo evitar una sonrisa.

-Eso parece.

-Si aceptas el puesto, te diré dónde puedes encontrarla.

-Trato hecho, amigo.

Capítulo Tres

Olivia se detuvo frente al garaje y saludó a la doctora Tessa Journey, que estaba sentada en el porche.

Agradeciendo estar en casa y agradeciendo más que fuera viernes, salió del horno que era su coche. Como los asientos eran de cuero, se le pegaba el vestido a la espalda.

-Ven a tomar un té helado -la llamó Tessa-. Pareces a punto de derretirte.

-Me derretí hace tiempo -rió ella-. ¿Siempre hace tanto calor?

-¿En esta época del año? Siempre. La gente de por aquí dice que en Texas hay dos estaciones: verano y agosto. Gracias a Dios, agosto ha terminado. Septiembre es soportable y octubre es maravilloso -sonrió Tessa, sirviéndole un vaso de té helado.

Olivia tomó un largo trago y después se pasó el vaso por la cara.

-Lo primero que voy a hacer cuando me paguen es arreglar el aire acondicionado del coche. En Colorado no me hacía falta, pero aquí... Ni siquiera sabía que estaba estropeado hasta que llegué a Texas.

-Yo puedo prestarte el dinero...

-No -la interrumpió Olivia-. Ed y tú ya habéis hecho demasiado por mí... ayudándome a conseguir el trabajo y dejándome vivir en el apartamento sobre el garaje prácticamente por nada. No quiero préstamos, pero gracias de todas formas.

-Al menos, llévate el coche de Ed. Seguirá en Atlanta durante diez días más y está parado en el garaje.

Con aquellas temperaturas era una tentación, pero Olivia no quería ser una pedigüeña. No estaba acostumbrada a depender de la generosidad de nadie ni a vivir con apuros hasta que... hasta que dejó a Thomas llevándose solo el coche, su ropa y las pocas cosas que pudo guardar en una bolsa.

Ni siquiera pudo pedirle ayuda a su padre, aunque temía por su vida.

Durante los últimos años, había aprendido a sobrevivir con mucho menos de lo que acostumbraba a tener... y estaba mil veces más contenta.

Durante dos años, la doctora Journey había sido la tutora de su tesis en la Universidad de Washington. Ella y su familia se mudaron a Texas poco

antes de que Olivia viera su vida amenazada y siempre habían permanecido en contacto.

Tessa y Irish eran las dos únicas personas que conocían toda su historia. Olivia siempre había querido terminar el doctorado, pero con Thomas tras ella... tuvo que dejarlo durante un tiempo. Hasta que Tessa movió los hilos para que pudiera terminar sus estudios.

-¿Qué tal las clases?

-De maravilla. Tengo un par de alumnos realmente brillantes y disfruto mucho del seminario con el doctor Bullock. Aunque hay que leer toneladas de libros. Ahora mismo vengo de la biblioteca.

Mientras Tessa volvía a llenar los vasos, un camión de mudanzas se detuvo delante de la casa de enfrente.

-Parece que ya tenemos vecinos.

-¿Sabes quién ha comprado la casa? -preguntó Olivia.

-No. Jenny y sus amigas esperan que sea una familia con un hijo que «esté para morir».

Jenny era la hija pequeña de los Journey. Tenían también un hijo, Bill, de dieciséis años. Parte del trato por quedarse en el apartamento era cuidar de ellos cuando Tessa y su marido se iban de fin de semana. Jenny y Bill estaban en esa edad tan difícil en la que no pueden tener niñera, pero tampoco pueden estar solos. Sobre todo, los fines de semana.

Un deportivo se detuvo entonces detrás del camión y una rubia de largas piernas salió corriendo hacia la casa.

-¿La propietaria? -preguntó Olivia.

-Tiene pinta de decoradora -dijo Tessa-. Y de las caras.

Las dos siguieron especulando mientras los de la mudanza metían sofás, sillas y mesas. En las dos semanas que llevaba en Austin, la cuestión de los nuevos vecinos había sido un tema constante de conversación.

La casa se vendió un día después de que ella llegase y entonces empezó el desfile de electricistas, fontaneros y jardineros.

Era una casa preciosa que Olivia miraba con cierta envidia. Estaba pintada de color ocre, con tejas rojas y un enorme jardín oculto por un muro de piedra. Una casa divina de estilo español... pero su pequeño apartamento era estupendo también. Y se sentía muy agradecida por tenerlo. Aunque estaba decorado con los muebles que no cabían en casa de Tessa, era

simpático y lleno de luz. Además, el primer fin de semana, Olivia salió a comprar cosas en los mercadillos y consiguió verdaderas gangas.

Entonces sonrió, pensando en Dani o Michelle o cualquiera de sus amigas cursis de California. Si la vieran comprando muebles en un mercadillo... Pero había pasado mucho tiempo desde que salió de California y los amigos que había hecho en aquel tiempo le gustaban mucho más.

-¿Por qué te ríes? -le preguntó Tessa.

-Estaba pensando en cómo me gusta Austin... y pasearme por los mercadillos. ¿Quieres que vayamos mañana?

-No puedo. Jenny tiene un partido de baloncesto y he prometido ir a verla.

Otro enorme camión aparcó frente a la casa.

-Parece que el suspense de Jenny está a punto de terminar. Y espero que el nuevo vecino sea un «tío para comérselo», como ella dice.

El sábado por la mañana Olivia estaba cepillándose los dientes cuando alguien llamó al timbre. Seguramente Tessa, pensó. Fue corriendo a abrir la puerta...

Y se encontró de frente con Jackson Crow. Con una sonrisa en los labios y una taza enganchada en el dedo índice.

-Buenos días -la saludó, tocándose el sombrero texano.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-He venido a pedirte un poco de azúcar.

-Has venido de muy lejos para pedir azúcar, ¿no? ¿Cómo me has encontrado?

-Irish me dio tu dirección. Y una chica pelirroja con un aparato en los dientes me dijo que vivías aquí arriba. Jenny creo que se llama... ¿Huelo a café? Daría cincuenta dólares por una taza de café.

Olivia dejó escapar un suspiro.

-Vale, entra. Pero no puedes quedarte mucho rato. Me voy de compras.

-Como usted diga, señora.

Jackson tiró el sombrero sobre el sofá y la siguió a la cocina.

-¿Con leche?

-Sí. Y una cucharada de azúcar. El apartamento es muy bonito.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Gracias. A mí me gusta.

-Muy acogedor -dijo Jackson, tan cerca que podía oler su colonia.

Olivia intentaba portarse como si él fuera a visitarla todos los días, pero estaba tan nerviosa que se le cayó el azúcar en la repisa.

¿Por qué tenía que ponerse tan cerca?

Le ofreció la taza y dio un paso atrás. Desgraciadamente, la cocina era muy pequeña y el horno le impedía ir más allá. La presencia del hombre llenaba la estancia y Olivia tuvo que tragar saliva.

-Ah, qué rico. Haces un café estupendo. No tendrás una galleta, ¿verdad?

-No, pero tengo barritas energéticas. ¿Quieres una?

-Vale.

-Muy bien. Perdona, pero tengo que irme.

-¿Por qué tanta prisa?

-Ya te he dicho que me voy al mercadillo. Si no me doy prisa, las cosas buenas volarán.

-El mercadillo, ¿eh? No me pega nada que tú compres cosas en un mercadillo -sonrió Jackson-. ¿Por qué no voy contigo?

Olivia lo intentó todo para disuadirlo, pero no hubo manera. Y lo último que deseaba era pasar la mañana con Jackson Crow y su extraordinaria sonrisa.

Bueno, lo último no.

En realidad, estaba más alegre desde que él apareció. Seguramente, porque era un rostro familiar. Pero pasar tiempo con Jackson no era sensato. Afortunadamente, él vivía a muchos kilómetros de distancia.

-¿Por qué has venido? -le preguntó, mientras bajaban a la calle.

-He venido a verte... a pedirte prestado un poco de azúcar.

Olivia levantó los ojos al cielo.

-Me refiero a por qué has venido a Austin.

-Por negocios.

-¿No deberías estar trabajando?

Jackson se puso las gafas de sol, sonriendo.

-No empiezo hasta el lunes. Tengo todo el fin de semana libre. ¿Quieres

que conduzca yo?

-No, gracias. Yo conduzco y tú haces de copiloto -contestó ella, abriendo la puerta del coche antes de que lo hiciera el siempre caballeroso Jackson.

-¡Nos hemos perdido otra vez! -exclamó Olivia

-Qué horror. ¿Por qué no paras ahí?

Echando humo, ella detuvo el coche y sacó el plano.

—Nos hemos perdido. Te he dicho que hicieras de copiloto.

-Ya te dije que se me daba mejor conducir.

Después de estudiar el plano, Olivia comprobó que estaban a dos manzanas del mercadillo que Tessa le había recomendado.

-¡Ahí es! Me has estado haciendo dar vueltas -le espetó, irritada.

Era la tercera vez que se perdían. Y empezaba a creer que Jackson lo estaba haciendo a propósito.

-Lo siento, cielo -sonrió él-. Pero te compensaré. Te invito a comer, ¿vale? ¿Te gusta la comida mexicana?

-Me encanta, pero tengo que encontrar un escritorio. Si hubiéramos llegado antes al mercadillo de la calle Elm habría comprado ese tan bonito...

-La pata estaba rota. Encontrarás uno mejor, ya verás. Al menos has comprado una ganga de tostador. Dos dólares no está nada mal.

-Lo conseguiste tú -rió ella-. No puedo creer que te pusieras a discutir por cincuenta céntimos. Pensé que nunca habías ido a un mercadillo.

—Mi abuelo tiene algo parecido en una de sus tiendas.

-¿Cómo?

-Alquila espacio en una de las tiendas de Dallas para la gente que quiere vender cosas de segunda mano. Allí aprendí a regatear como el mejor. Mi abuelo Pete es un maestro en eso.

-Pero si es multimillonario.

-Desde luego, pero es una persona muy normal. Todos lo somos. Nada lo pone más nervioso que alguien que se hace el finolis.

-¿Finolis? -repitió Olivia, sonriendo.

-Palabras de mi abuelo -contestó Jackson, bajando del coche.

Ella lo vio inmediatamente: un escritorio modernista que había sido pintado de un horrible color verde. Pero decapándolo sería precioso. Y perfecto para su apartamento.

-¿Te gusta? -le preguntó Jackson.

-Me encanta. Bajo esa horrible pintura verde hay un buen mueble. Es exactamente lo que había estado buscando... mejor incluso.

-Estupendo. Vamos por él.

Cuando Olivia miró el precio, dejó escapar un suspiro.

-Creo que el propietario sabe lo que tiene. Sesenta y cinco dólares. Aunque sigue siendo baratísimo no puedo comprarlo. Yo esperaba encontrar algo por treinta o cuarenta.

-A lo mejor podemos regatear un poco.

Jackson sabía lo que iba a pasar antes de que Olivia dijera una palabra. Pero si casi tenía lágrimas en los ojos... Se le rompía el corazón de verla así.

Le habría comprado cien escritorios horribles como aquel, pero sabía que ella era demasiado independiente como para aceptar regalos. Antes de empezar, le había advertido que no sacara la cartera o volvería andando a casa y él se guardó muy mucho.

Pero no podía soportar ver su carita de pena mientras pasaba la mano por el escritorio. -No hay nada que hacer, ¿eh? Olivia negó con la cabeza. -Solo he conseguido que me rebaje quince dólares... ¿No pensarás comprar esa porquería? Jackson miró el armadillo disecado que tenía en la mano.

-A mí me gusta. Y a mi abuelo le encantan estas cosas. Además, dentro de poco es su cumpleaños. Y estas toallas de playa... Por cierto, he visto una lámpara muy bonita por ahí. A lo mejor te gustaría.

Mientras Olivia miraba la lámpara, él le hizo una oferta a la propietaria de los muebles. La mujer lo miró con cara rara, pero aceptó el trato. Después de pagarle, Jackson volvió al lado de Olivia con el armadillo y las toallas bajo el brazo.

-Acabo de conseguir un descuento increíble. Cincuenta y seis dólares por el escritorio, el armadillo y las toallas.

-Cincuenta y seis dólares... -ella lo miró, recelosa-. ¿Cuánto te ha costado ese bicho horroroso?

-Demasiado. Pero he hecho un buen trato. Veinticinco por el escritorio, veinticinco por el armadillo y seis por las toallas -sonrió Jackson-. A mi abuelo le va a encantar el bicho.

-¿Por qué no te creo?

-Pues no lo sé. A mi abuelo le encantan los animales disecados. Lo pondrá en su museo.

-Ah, es verdad. Irish me contó que tenía un museo.

-Está lleno de cosas raras. Mi madre dice que es más que hortera, de modo que tiene estilo.

-De todas formas, sigo sin creer que te haya dejado el escritorio por veinticinco dólares.

-Pregúntale a la señora -dijo él, ofendido.

Y Olivia lo hizo.

Jackson habría podido besarla cuando le contestó, muy seria:

-Ese era el trato. Veinticinco por el escritorio, veinticinco por el armadillo y seis por las toallas. ¿Van a llevarse el escritorio ahora?

-Vendremos después con mi furgoneta -contestó Jackson llevándose a Olivia del brazo, más contento que unas pascuas-. Ahora, a comer.

Pagar veinticinco dólares por un polvoriento armadillo disecado que no debía costar más de dos había merecido la pena.

En el coche, ella insistió en pagarle el escritorio y Jackson aceptó el dinero.

-¿Por qué no pones el aire acondicionado? Aquí hace mucho calor.

-Es que no funciona.

-¿Qué le pasa?

-No lo sé. El día quince lo llevo al taller.

-¿Por qué esperas hasta el día quince?

-Porque es cuando me pagan.

Jackson se mordió la lengua. No le sorprendería nada que insistiera en pagar también la comida. Y lo hizo.

-Lo siento, pero he dicho que te invitaba a comer y te invito.

-De acuerdo -asintió Olivia por fin-. Me ha encantado el asado de carne a la mexicana.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-La mejor de la ciudad. En Austin se come muy bien. ¿Qué tal si cenamos juntos esta noche?

-Gracias pero no, Jackson. Ya te he dicho que no quiero salir con nadie.

-¿Salir? Yo tengo que cenar, tú tienes que cenar... ¿Por qué no? ¿Has quedado con alguien?

Olivia negó con la cabeza.

-No. Pienso ponerme a decapar el escritorio y después a preparar mis clases.

Jackson no pensaba rendirse sin luchar, pero por el momento lo dejaría.

Olivia había estado loca por permitir que Jackson Crow estuviera a menos de cincuenta metros, idiota por ir con él a los mercadillos y completamente desequilibrada por aceptar la invitación a comer.

Conducir con Jackson en el asiento de al lado era una tortura. No había olvidado nada de su noche en Ohio, ni sus manos, ni su boca...

-¡Cuidado!

Ella pisó el freno y estuvo a punto de chocarse contra el coche que tenía delante.

-Lo siento, no lo había visto -dijo, poniéndose una mano en el pecho-. Perdona.

-No pasa nada. ¿Quieres que conduzca yo?

-No.

Olivia siguió conduciendo mientras miraba a Jackson por el rabillo del ojo. Él tenía un codo apoyado en la ventanilla y parecía absolutamente relajado. Si hubiera sido Thomas le habría dicho que era una estúpida. Además, no podía imaginarlo pasando una mañana de sábado en los mercadillos. Y disfrutando.

Sí, era mejor que Jackson viviese tan lejos. Incluso para una mujer que había jurado no volver a tener una relación sentimental, alguien como él era difícil de resistir.

-¿Dónde está tu furgoneta? -le preguntó cuando llegaron a casa.

-En el garaje.

-¿En el garaje? ¿La están reparando?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-No, la furgoneta está perfectamente. Está en mi garaje. ¿Vamos por el escritorio?

-No te entiendo. ¿Dónde está tu garaje?

-Ahí -contestó Jackson, señalando la casa de enfrente.

Capítulo Cuatro

-¿Que vives ahí?

Jackson sonrió.

-Sí, me mudé anoche.

Olivia se puso pálida.

-¿Por qué?

-Los de la mudanza ya lo habían traído todo. Además, tengo que empezar a trabajar el lunes, así que me pareció lo mejor.

-Quiero decir por qué precisamente ahí.

-Necesitaba un sitio para vivir, Olivia. Es una casa muy bonita. ¿Quieres entrar a verla?

-¡Jackson Crow, deja de hacerte el tonto! ¿Por qué has elegido una casa precisamente enfrente de la mía?

-Una suerte, ¿verdad? Ya sabes que yo siempre tengo suerte.

-Jackson, no me cuentes historias. ¡No has comprado esa casa por casualidad! ¡Las has comprado para hacerme la vida imposible!

-Cariño, no te enfades conmigo. Te juro sobre la Biblia que nunca he querido hacerte la vida imposible. Cuando acepté el cargo que Mitch me había propuesto estuve mirando un montón de casas en Austin. Pero esta es la que más me gustó, de verdad -dijo él, poniendo cara de inocente.

-¿Cuándo la compraste?

-Pues... hace dos semanas, creo.

-¿Qué día exactamente?

-No sé... -murmuró Jackson, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón-. Creo que firmé los papeles un día después de la boda de Matt. Según creo, tú seguías en Dallas con Irish, ¿no? Ni siquiera habías llegado a Austin. ¿Vamos a buscar el escritorio?

Olivia dejó escapar un suspiro.

-De acuerdo.

-En marcha.

Cuando le puso una mano en la espalda para llevarla al garaje, ella dio un respingo. ¿Por qué aquel gesto, que no le habría afectado con ningún otro hombre, con Jackson la hacía temblar? Vivir tan cerca iba a ser un problema, pero no podía pedirle que se fuera de una casa que acababa de comprar y ella no podía cambiarse de apartamento.

-Si vas a ser mi vecino, tendremos que establecer unas reglas.

-Por supuesto, cielo. Tú haz la lista y la discutiremos más tarde. ¿Te importa venir conmigo al supermercado? Lo del azúcar no era de broma. No tengo nada en la nevera.

-Pobrecito.

Jackson ignoró el sarcasmo con una sonrisa.

-Me voy a morir de hambre.

Olivia intentó seguir molesta con él, pero había algo en Jackson Crow que la desarmaba por completo.

-¿Qué clase de puesto has aceptado con Mitch?

-Soy el nuevo miembro de la Comisión de Gobierno. Cuestiones de petróleo y cosas así. Habían elegido a tres miembros, pero pillaron a uno de ellos llevándose dinero.

-¿Y durante cuánto tiempo vas a formar parte de la Comisión?

-Un año más o menos. ¿No es ese el tiempo que tú vas a estar en Austin?

Olivia lo miró, recelosa.

-¿Cuándo te pidió el gobernador que formaras parte de la Comisión?

-Hace seis semanas. Mucho antes de que tú llegaras a Texas... aunque si hubiera sabido que venías, habría preparado una recepción. ¿Quieres ver mi casa?

-En otro momento. Quiero empezar a decapar el escritorio cuanto antes.

-Yo te ayudaré -sonrió Jackson-. Quitar capas es mi especialidad.

Olivia estaba limpiando las últimas capas de verde con un trapo. Bajo la pintura, había encontrado una preciosa madera de nogal. Iba a ser un escritorio maravilloso.

Con la lija en la mano, miró de reojo el trasero que asomaba bajo el capó de su coche. Los traseros en realidad, uno de Jackson y el otro de Bill Journey. Jackson había insistido en echarle un vistazo al aire acondicionado

y el hijo de Tessa se apuntó inmediatamente. Era una de esas cosas de los hombres. Bill, que acababa de sacarse el permiso de conducir, adoraba al alto vaquero que parecía saberlo todo sobre coches.

-Yo creo que ya está -dijo entonces Jackson, incorporándose-. ¿Qué tal va el decapado?

-Casi he terminado con el primer paso, pero tengo que limpiarlo del todo para darle barniz. ¿De verdad has arreglado el aire?

-Creo que sí. Bill, ponlo en marcha para ver si funciona.

Después de unos minutos, Jackson anunció que el trabajo estaba hecho y cerró el capó con una sonrisa de satisfacción.

-Muchísimas gracias.

-De nada. ¿Quieres que te ayude?

-Ya has hecho más que suficiente. Pero insisto en pagar por los repuestos que hayas comprado.

-No me han costado más de diez dólares, Olivia. Hazme una tarta de chocolate y me doy por pagado.

-Trato hecho -sonrió ella.

No había hecho nunca una tarta de chocolate, pero podría intentarlo. O comprar una en la pastelería.

Jackson insistió en ayudarla con el escritorio y, media hora después, lo metían en el garaje para dar la primera capa de barniz.

-Es increíble que esta sea la mesa que hemos comprado esta mañana. Parece nueva.

-¿Verdad que sí? -sonrió Olivia, quitándose los guantes.

Jackson miró su reloj.

-Tengo tiempo para cambiarme antes de cenar. Vuelvo dentro de quince minutos.

-No puedo cenar contigo. Tessa tiene una reunión y le he prometido hacer hamburguesas para sus hijos y unos amigos.

-Lo sé -sonrió él, guiñándole un ojo-. Bill me ha invitado. Y pienso traer el postre.

Durante la cena en el jardín, Jackson dejó enamorados a todos los crios.

Jenny y las gemelas de los Dobson, Erin y Edie, lo miraban como si fuera Brad Pitt, riendo como solo las niñas de trece años pueden reírse. Bill y su amigo Greg levantaban los ojos al cielo, pero no perdían palabra de lo que Jackson estaba contando.

-Qué genial -dijo Greg.

-¿Cuántos años tenías cuando fuiste a hacer rafting por primera vez? -preguntó Bill.

-Estaba en el primer año de universidad.

-Jo, a mí me gustaría pasar un verano haciendo eso.

-A mí también -suspiró Jenny.

-Sí, seguro. Te morirías de miedo -replicó su hermano.

-¡De eso nada!

-Podríamos ir a hacer rafting al río Guadalupe. Es un río con pocas corrientes -dijo Jackson entonces-. ¿Lo has hecho alguna vez, Olivia?

-Ni siquiera sé de qué estás hablando.

-De bajar un río en canoa o en lancha neumática.

-Ah, no. No lo he hecho nunca.

-Podríamos ir un fin de semana. Si los Journey dan su permiso, claro.

-¿Dónde queréis ir? -preguntó Tessa, que acababa de aparecer en el jardín.

-Hola, Tessa. Jackson quiere llevarse a los niños al río Guadalupe.

-Y a ti también -dijo él. -Yo no...

-Por favor, Olivia -insistió Jenny-. Por favor, por favor.

Cuando los demás niños se unieron al coro, ella levantó las manos al cielo.

-Vale, vale. Pero solo si vuestros padres están de acuerdo.

-A mí me parece muy bien -dijo Tessa.

Olivia la fulminó con la mirada, pero su amiga no se dio por aludida. Desde que conoció a Jackson Crow aquella tarde se le había metido en la cabeza emparejarlos.

-Ya veremos.

-¿Qué tal el próximo fin de semana? -preguntó Jackson entonces-. Si esperamos mucho, empezará a hacer frío.

-Pero seremos siete, ocho si viene Tessa. ¿Cómo vamos a ir? -protestó

Olivia.

-Conmigo no contéis -dijo ella-. Yo no sé nadar... pero podéis llevaros mi caravana.

-Eso no es problema -sonrió Jackson-. Le diré a uno de mis chicos que traiga un minibús del club.

-¿Qué club?

-El Nido de Crow. Un club de golf que tengo en Dallas.

-¿El Nido de Crow? Me parece que mi marido ha jugado allí alguna vez con sus amigos -dijo Tessa.

-Es posible -asintió él.

-Bueno, chicos, hora de irse a dormir. Bill, ¿te importa acompañar a Erin y Edie a casa?

Olivia y Jackson se quedaron solos en el jardín.

-Yo también tengo que irme -dijo ella entonces-. Gracias por arreglar el aire acondicionado y por ayudarme con el escritorio.

-De nada. Te acompaño a la puerta.

-Solo tengo que subir la escalera.

-Pues te acompaño arriba.

La escalera era demasiado estrecha, de modo que Olivia iba delante. Cuando llegó al descansillo se volvió, nerviosa.

-Ya hemos llegado.

-Sí -murmuró él, desenroscando la bombilla.

-¿Por qué has hecho eso?

-Por los bichos.

Antes de que pudiera protestar, Jackson la besó.

Sus labios eran cálidos, sus brazos fuertes, el olor de su colonia...

A Olivia le costó trabajo apartarse. Pero... un minuto después encontró fuerzas para hacerlo.

-Esta es una de las reglas. Nada de besos.

-¿Nada de besos?

-No.

-¿Ni siquiera uno pequeñito como este? -murmuró él, besándola en la

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

comisura de los labios. Olivia negó con la cabeza

-¿Ni esto? -insistió, besándola en los párpados.

-No.

-¿Y qué tal esto? -dijo Jackson entonces, pasando la lengua por su cuello.

-¡Desde luego que no!

-Pero me moriré si no dejas que te bese -protestó él, besándola de nuevo.

A Olivia se le doblaban las rodillas. Y habría seguido besándolo si Jackson no se hubiera apartado.

-Buenas noches, cariño. Que duermas bien. Ella se quedó inmóvil en la escalera, como si la hubiera golpeado un rayo.

Capítulo Cinco

Acababa de amanecer cuando Olivia empezó a dar la segunda capa de barniz. No había pegado ojo en toda la noche, ensayando el discurso que pensaba darle a Jackson en cuanto lo viera. Aunque muchas mujeres estarían encantadas con sus atenciones, ella no tenía intención de ser nada más que una amiga.

No habría besos... ni nada más. Su objetivo era terminar la tesis y después buscar trabajo como psicóloga. Tener un hombre en su vida no figuraba en sus planes. Había aprendido la lección y pensaba ser completamente independiente.

Pero, a pesar de su determinación de ignorar a Jackson, no podía dejar de mirar hacia su casa de vez en cuando.

No había movimiento.

Siguió dando barniz y miró de nuevo. Nada.

Estaba casi terminando cuando la furgoneta de Jackson apareció en la calle. ¿Dónde demonios había ido tan temprano?

Aunque no era asunto suyo.

-Buenos días.

Olivia levantó la mirada y lo vio a unos metros de ella. Ni siquiera lo había oído llegar. Aquel hombre se movía como un puma.

-Buenos días. Te has levantado muy temprano.

-¿Temprano? Cariño, ya he hecho diez hoyos esta mañana.

-¿Has estado jugando al golf?

-Sí. Se lo prometí a Mitch. Y me alegro de que tú también estés levantada. ¿Has desayunado?

-No, pero...

-Yo tampoco y estoy muerto de hambre. Vamos a desayunar al café Magnolia. Hacen unas tortillas de champiñón para chuparse los dedos.

-No, gracias. Me tomaré una tostada cuando termine con el escritorio.

-También hay tostadas en el Magnolia. Tienen de todo, pero las tortillas son increíbles.

Olivia intentó explicarle que no quería ir a ninguna parte y que no pensaba besarlo nunca más. Le dijo todo lo que había ensayado por la noche, pero Jackson simplemente sonrió.

-Vale, cariño. Si quieres que seamos amigos, seremos amigos. Venga, estoy muerto de hambre.

-Pero no puedo ir así... -Olivia señaló la camiseta llena de manchas. Había bajado de su apartamento con una coleta y un pantalón corto, sin lavarse la cara siquiera.

-A mí me parece que estás muy guapa. Además, en Austin nadie se arregla.

-Ya me he dado cuenta -suspiró ella.

Intentó buscar alguna otra excusa, pero no se le ocurría ninguna. Y para rematar el asunto, su estómago empezó a hacer ruidos.

-Vamos, Olivia. No seas tonta.

Antes de que pudiera discutir, Jackson la tomó del brazo para llevarla a su furgoneta.

Jackson no podía dejar de sonreír mientras Olivia se tomaba la última tortita. Estaba coladito por ella. Estar a su lado lo hacía sentir como el rey de la creación. Le habría gustado subirse a la mesa y empezar a dar gritos de alegría.

Nunca había sentido nada así... estando sobrio. Y empezaba a entender por qué Matt y Kyle se ponían tan tontos con Eve y Irish.

Ella creía que estaba horrorosa, pero a Jackson le parecía la mujer más guapa del mundo. Le gustaba su melena oscura despeinada y ni el colorete ni el carmín la harían más bonita. Era una belleza natural. Incluso con aquella camiseta vieja tenía una elegancia innata... y un tremendo atractivo sexual. La mitad de los hombres del café estaban mirándola de reojo.

Olivia podía decir que eran amigos, pero amistad no era lo que él tenía en mente. La quería en la cama, a su lado. Pero no era tonto. Sabía que había algo en su pasado que la hacía recelar de los hombres y pensaba ir despacio. Pero no cejaría en su empeño. No pensaba dejarla escapar de nuevo y si para ello tenía que pegarse como una lapa, lo haría.

Estaba deseando tocarla... pero si lo hacía seguramente le daría otra charla sobre su «amistad platónica». Aun así, incapaz de contenerse, alargó la mano para tocar su cara. Olivia dio un respingo.

-Es que tenías una pestaña.

-Ah, gracias -dijo ella, dejando el tenedor sobre el plato-. Qué hambre tenía. Es verdad, aquí la comida es buenísima. Y también tenías razón sobre otra cosa: nadie se arregla en Austin.

-La gente de aquí no se preocupa por eso. Pero tienen los mejores restaurantes del estado. Se puede comer en un sitio diferente cada día y no repetir en un año. ¿Has comido alguna vez serpiente de cascabel?

Olivia soltó una carcajada alegre. Una de esas carcajadas que tanto le recordaban la noche que pasaron juntos.

-No, gracias. No estoy interesada en comer culebras.

-Pues no está tan mal. A las afueras de la ciudad hay un restaurante especializado en eso y en lagartos. Y también hay un pub irlandés que tiene orquesta los domingos por la noche. Podríamos ir un día.

-Jackson, ¿es que no has oído lo que te he dicho antes?

Él tomó su mano, sonriendo.

-¿A qué te refieres, cielo?

-Esto... esto precisamente.

-¿Qué?

-Esto... que tomes mi mano, que me mires así...

-¿Te refieres al deseo que siento de echarte sirope por todo el cuerpo y lamer cada gota?

-¡Jackson!

-Perdona, cariño.

Olivia apartó la mano.

-Por favor, deja de llamarme cariño. Y vámonos. Tenemos que hablar... en privado -dijo, levantándose.

Lo había estropeado, pensó Jackson mientras sacaba la cartera. Era un bocazas. Lo estaba pensando, pero no debía haberlo dicho... Sin embargo, ¿por qué no admitía Olivia que había algo entre ellos? Era evidente.

Pero estaba muy enfadada y fue dándole la bronca durante todo el camino. Él intentó defenderse, pero solo conseguía enojarla más, de modo que decidió cerrar la boca y esperar que pasara el temporal.

Pero no podía entender por qué estaba tan alterada.

Olivia no entendía por qué estaba tan enfadada. Se había pasado mucho, pero la reacción de Jackson fue decir: «Cariño, me estás rompiendo el corazón».

Su ex marido habría replicado de forma muy diferente.

Pero Olivia era psicóloga y sabía por qué había reaccionado de esa forma. Era un mecanismo de defensa, puro y simple. La imagen del sirope sobre su cuerpo era más atractiva de lo que quería reconocer. Jackson Crow se estaba acercando mucho y eso la asustaba.

No podía negar que disfrutaba de su compañía, que lo encontraba guapísimo, simpático y terriblemente atractivo. Ese era el problema.

Sería tan fácil...

No. No estaba preparada para confiar en un hombre. Le había costado mucho llegar donde estaba y no iba a estropearlo.

Después de ducharse, se vistió y tomó una mochila. Pensaba pasarse la mañana en la biblioteca.

Cuando estaba subiendo a su coche, un deportivo rojo aparcó frente a la casa de Jackson y una rubia jovencísima, con pantalón corto y una camiseta que dejaba al descubierto su ombligo, entró por la puerta del jardín.

Olivia esperó un momento, pero la rubia no volvió a salir.

Y Jackson había dicho que le estaba partiendo el corazón... menudo hipócrita.

Hacía bien en estar enfadada. A Jackson Crow no le importaba un bledo. Y mientras estuviera ocupado con «Miss piernas largas» no la molestaría. Mejor.

Estupendo.

Por fin, media hora después, consiguió concentrarse en los libros y se dedicó a su investigación en cuerpo y alma. Cuando volvía a casa, estaba atardeciendo.

Y el deportivo rojo seguía frente a la casa de Jackson.

Pero a ella no le importaba.

Con la cabeza bien alta, Olivia salió del coche dando un portazo y subió a su apartamento. Nada más entrar, tiró la mochila en el sofá y entró en la cocina. Pero no porque desde la ventana pudiese ver la casa de Jackson,

sino porque tenía sed. Bebió dos vasos de agua y después limpió el fregadero. Y después la repisa y los armarios.

Se le estaban arrugando los dedos cuando «Miss piernas largas» salió de la casa, con Jackson detrás. Estaban riéndose y antes de entrar en el coche la rubia le dio un beso en la cara.

Olivia tiró el estropajo en el fregadero y se dio la vuelta, furiosa.

Como solía pasar después de aquellas sesiones maratonianas, Jackson tenía un horrible dolor de cabeza. Se tomó una aspirina y descansó un rato en el sofá, con los ojos cerrados. Cuando por fin se sintió un poco mejor, salió de su casa y se dirigió al apartamento de Olivia.

Antes de subir echó un vistazo en el garaje y vio que el barniz se había secado, de modo que subió el escritorio por la escalera.

Llamó al timbre un par de veces, pero ella no abrió la puerta.

-¡Soy Jackson! ¿Quieres que vayamos al cine?

Olivia abrió entonces y Jackson intentó entrar, pero estaba echada la cadena. No podía verla bien, pero tenía una toalla o algo en la cabeza.

-No puedo. Me he puesto una mascarilla en el pelo y tengo que preparar las clases de mañana.

-¿Qué tal si pedimos comida china?

-No, gracias -contestó ella, antes de darle con la puerta en las narices.

Jackson volvió a llamar.

-¡Te he traído el escritorio!

Olivia abrió de nuevo.

-No hacía falta.

-Ya lo sé, pero como pesa tanto...

Ella abrió la puerta, con cara de pocos amigos.

-Entra.

-¿Dónde lo pongo?

-Ahí, al lado de la ventana.

Jackson dejó el escritorio en el suelo y dio un paso atrás.

-La verdad es que ha quedado precioso. ¿Quién habría podido imaginar

que bajo esa capa de horrible pintura verde hubiera algo tan bonito?

-Gracias por subirlo.

-De nada -sonrió él. Olivia llevaba un albornoz azul y olía a flores silvestres-. ¿Seguro que no quieres cenar? No me gusta comer solo.

-A lo mejor «Miss piernas largas» querría cenar contigo.

Jackson frunció el ceño.

-¿Quién?

-La rubita del ombligo al aire con la que has pasado la tarde.

-¿Tami?

-Supongo que será ella. O Tiffany.

El soltó una carcajada. Si no la conociera bien, diría que estaba celosa. Vaya, vaya, vaya. Pensó hacerla sufrir un poquito, pero después decidió que la verdad siempre va a todas partes.

-Tami es una de mis ayudantes.

-¿Ayudantes? Pues no tiene pinta de ayudante. La vi cuando me iba a la biblioteca y es... muy mona.

-Sí, es mona. Y lista. Como Paulie.

-¿Quién es Paulie?

-Su hijo. De ella y de Jimmy. Tiene tres años.

-¿Jimmy?

-No, Paulie. Jimmy tiene veinticinco.

-Espera un momento. ¿Quién es Jimmy?

-El marido de Tami. Los dos trabajaron en mi campo de golf el año pasado. El padre de Tami y yo somos amigos. Ella acaba de terminar veterinaria y está haciendo el doctorado.

-Ya veo.

¿Lo estaba imaginando o sus facciones se habían suavizado un poquito al oír la explicación?

-¿Puedo convencerte para que cambies de opinión sobre la cena?

-No, gracias. Iba a hacerme una sopa cuando llamaste a la puerta.

-¿Qué clase de sopa?

-De fideos.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Jackson sonrió.

-Mi favorita. ¿Me invitas a cenar?

-Es una sopa de bote.

-Me encántanos sopas de bote. ¿Tienes pan?

Capítulo Seis

Olivia inventó todas las excusas posibles para no ir al río Guadalupe con Jackson y los niños, pero no hubo manera. Sobre todo porque Cherokee Pete se apuntó a la excursión. Llegó con Buddy, uno de los ayudantes de Jackson, en un microbús el viernes por la noche.

-Quería ver la casa de mi nieto. Además, no me perdería una visita al río Guadalupe por nada del mundo.

Incluso convenció a Tessa para que fuera con ellos.

El sábado por la mañana, los cinco adultos más los cinco niños, entraban en el microbús cargados con mochilas.

El paisaje hasta el río era precioso, con sus colinas llenas de cedros y robles y el cielo de un azul purísimo.

Ella iba sentada al lado de Jackson, que le iba señalando los puntos de interés, pero Olivia no podía concentrarse teniéndolo tan cerca.

Podía oler su colonia y sentir el calor de su cuerpo mientras señalaba algún paraje en particular. Incluso podía contar sus pestañas y ver el brillo de humor en sus ojos oscuros.

Por fin, afortunadamente, Jenny y los demás niños empezaron a jugar al juego de las preguntas y Olivia se relajó un poco.

Una hora más tarde llegaban al río. Buddy se encargó de alquilar una lancha neumática y todos se pusieron bañador, camisetas y zapatillas para evitar cortes con las rocas. Incluso Jackson cambió sus sempiternas botas vaqueras por unas gastadas zapatillas de deporte.

Olivia no lo había pasado mejor en toda su vida. Bajaron por la corriente del río, riendo y gritando cuando era más fuerte y empapándose unos a otros cuando era más tranquila. Después, pararon en un banco de arena y subieron por el camino para volver a hacer el viaje.

Cherokee Pete tenía ochenta años, pero no parecía cansado en absoluto y, después de comer, los niños se reunieron a su alrededor para oírle contar historias del viejo Oeste.

Olivia se echó sobre una toalla para reposar el almuerzo y Jackson se tumbó a su lado, apoyando la cabeza sobre una de sus piernas.

-¿Lo estás pasando bien?

-Sí -contestó ella, cerrando los ojos.

Se sentía completamente relajada por primera vez en mucho tiempo. El ruido del agua, las risas de los crios y el calor del sol eran como un bálsamo. La compañía de Jackson y los demás le daba una sensación de seguridad y bienestar que casi había olvidado.

Poco a poco fueron dejándolos solos. Los niños decidieron ir a explorar con Buddy y Pete se alejó hacia el río para dar un paseo. Tessa le hizo un guiño al ver que Olivia estaba dormida y también ella se marchó.

Jackson no quería despertarla. Tenía una expresión tan sosegada, tan llena de paz, que no lo habría hecho por nada del mundo. Tenía la cabeza sobre su regazo, como una niña. No se había dado cuenta de su expresión de angustia hasta que la vio dormida. Y, por enésima vez, se preguntó qué era lo que la afligía tanto.

Empezaba a tener por ella sentimientos profundos, mucho más que una mera atracción física. Olivia se movió entonces, poniendo una mano bajo su cara y encima de la bragueta de Jackson... o donde estaría la bragueta si no llevara bañador. Sus sentimientos no eran lo único que empezaban a alterarse.

Jackson murmuró una maldición, intentando concentrarse en otra cosa, pero no podía hacerlo. Y el asunto empezaba a ponerse... difícil.

Atrapado entre el cielo y el infierno, soportó la tortura. La soportó con... su espada a mano para poder matar cualquier dragón que intentase despertar a su Olivia.

Al día siguiente, Cherokee Pete llamó a la puerta de Olivia mientras ella estaba concentrada en una lectura para sus clases.

-Entra, Pete. Acabo de hacer café.

-Muchas gracias -dijo el hombre-. Un apartamento muy bonito, sí señor. Me gusta esa mecedora. Me recuerda una que tenía mi mujer.

-La compré en un mercadillo y tuve que arreglarla porque estaba hecha polvo.

Pete tocó el respaldo de madera con sus arrugadas manos.

-Buen trabajo. A mi mujer también le gustaba hacer esas cosas.

-¿Murió hace mucho tiempo?

Él dejó escapar un suspiro.

-Más del que me gustaría. Mira, pensé que a lo mejor no te importaba que un viejo como yo te molestase esta tarde. Jackson está con la Comisión y no tiene ni un solo libro en casa que me interese. Todos son sobre política y economía, un rollo.

-Si estás buscando algo que leer, puedes mirar en mis estanterías. Vaya donde vaya, yo siempre acabo coleccionando libros.

-Yo también -sonrió Pete-. Pensaba ir a una librería, pero Buddy se ha llevado la furgoneta y no me hace gracia conducir el deportivo de Jackson, especialmente porque no conozco bien la ciudad.

-¿Quieres que te lleve a una librería?

-No, no -dijo el hombre, mirando las estanterías-. Aquí tienes dos o tres libros que me interesan. Este es de misterio, ¿verdad?

-Sí, son historias de fantasmas escritas por M.R. James, un autor del siglo pasado.

Pete sacó también un libro del psicólogo Cari Jung.

-Me gusta la Psicología. Hace tiempo que no leo nada de Jung, pero podría ser interesante.

Olivia intentó esconder su sorpresa, pero debió notársele en la cara porque Pete soltó una risita.

-¿Te sorprende que un viejo como yo lea libros de psicología?

-Un poco, la verdad.

-La gente se queda de piedra cuando ve mi biblioteca. Mi mujer era maestra, ¿sabes? Ella me enseñó a amar la literatura.

-Me alegro mucho. A mí me pasa igual.

-Yo no he tenido una educación académica, pero sé lo importante que es. Por eso insistí en que mis nietos fueran a la universidad. Y todos han sido buenos estudiantes. Bueno... menos Jackson. A él nunca le gustaron los estudios, pero terminó la carrera -sonrió el hombre-. Nunca he podido entenderlo. De todos mis nietos, Jackson es el más listo, incluso más que Smith, que es un genio. No conoces a Smith, ¿verdad? Tiene una empresa de informática y vive en el valle de San Fernando.

-Estás muy orgulloso de tus nietos, ¿eh? -sonrió Olivia.

-Se me nota mucho, ya lo sé. Tengo dos hijas estupendas, cinco nietos geniales, dos bisnietos preciosos... y otro en camino.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Vamos a tomar café. Así podrás hablarme de tus preciosos bisnietos.

Pete sonrió.

-Ah, por cierto, tengo una bandeja de chile mexicano en el horno. Estás invitada a cenar y no acepto una negativa.

-Entonces, supongo que tendré que ir.

-Por supuesto. Y ya que estamos, ¿cuándo vas a decirme si aceptas mi proposición?

-¿Qué proposición? —preguntó Olivia.

Los ojos del hombre brillaron, traviosos.

-La de casarte con Jackson.

-Olvidalo, Pete. No me casaría otra vez ni siquiera por ti. ¿Leche y azúcar?

Olivia no podía creer lo rápido que pasaba el tiempo. Quizá porque su vida era tan agradable. Pero antes de que se diera cuenta había pasado el mes de septiembre y octubre estaba a punto de terminar.

Un sábado abrió las ventanas para ventilar el apartamento y cuando iba a hacerse un café, alguien arañó la puerta.

Abrió, imaginando que era Jackson para invitarla a desayunar, al cine, a comer... o a cualquier otra cosa.

Pero no era Jackson sino un cachorro dentro de una caja de cartón, con un sobre en la boca.

-Hola, pequeñajo -sonrió, tomando la bolita de pelo marrón y blanco en sus brazos-. ¿Qué tienes ahí?

Olivia intentó quitarle el sobre, pero el cachorro sujetaba el papel con los dientes como si le fuera la vida en ello.

-Oye, enano -escuchó entonces la voz de Jackson-. Se supone que debes darle el sobre, no comértelo. Perdona, lo habíamos practicado, pero es demasiado joven. Lo único que ha aprendido es a no hacerse pis en la casa.

-Es un cachorrillo precioso. ¿De qué raza es? -¿Qué raza? Ni idea. Creo que su madre era una golden retriever y su padre un tipo de la calle. Lo he sacado de la perrera porque Tami me convenció. Todo el mundo en esta calle tendrá una mascota dentro de nada. ¿Quieres un gatito, una cabra?

-No, gracias. No creo que a Tessa le hiciera gracia tener cabras en el jardín.

-Pues yo creo que la señora López tampoco está muy contenta con Rowdy.

La señora López era el ama de llaves que Jackson había contratado nada más instalarse en la casa.

-¿Por qué no? Es divino.

-El pobre aún no conoce las reglas de urbanidad y entra en la cocina cuando está fregando el suelo. ¿Quieres venir con nosotros al parque?

-Iba a desayunar...

-¿Tienes la cafetera puesta?

-No.

-Pues vámonos. Mete a Rowdy en la caja y vamos a desayunar. Luego quiero probar mi cometa.

-¿Tu cometa?

-Sí. Es muy bonita -sonrió Jackson.

Con las botas, los vaqueros y el sombrero texano parecía un profesional del rodeo, no alguien que se dedica a jugar en el parque.

-No te creo.

-Mis primos y yo solíamos pasar los veranos jugando con cometas. Y la mía es de profesional, con mandos. Me la ha regalado Matt por mi cumpleaños.

-¿Cuándo es tu cumpleaños?

-Mañana. Venga, vámonos al parque.

Olivia dudó un momento. Pasaban demasiado tiempo juntos. Casi todos los fines de semana y algunos días de diario en los que iban a cenar o al cine. Estaba muy a gusto con él, pero había decidido que aquel fin de semana lo pasaría sola, para variar.

-Lo siento, pero hoy pensaba ir a la librería.

-Vamos un rato al parque con Roscoe, después te invito a comer y luego te acompaño a la librería.

-¿No se llamaba Rowdy?

-Es que aún no me he decidido.

-Puede que ese sea el problema. El pobre cachorro está confuso.

-Ah, una crisis de identidad, ¿no? -sonrió Jackson.

-Pues sí, listo.

-Venga, lista, vámonos al parque.

Como siempre, Olivia acabó rindiéndose. Después de todo, pensó intentando justificarse a sí misma, al día siguiente era su cumpleaños. Y nadie la hacía reír más que Jackson Crow.

Y nadie la hacía, sentir tan segura y tan vulnerable al mismo tiempo.

En el parque, antes de que Jackson pudiera ponerle la correa, el cachorro salió corriendo detrás de una paloma. Olivia y él lo llamaron, pero parecía tener ganas de explorar. Fueron cada uno por un lado para atraparlo, pero Roscoe-Rowdy, creyendo que aquello era un juego, se escapaba entre sus piernas.

Estuvieron persiguiéndolo durante un cuarto de hora hasta que Jackson lo pilló por fin y se tiró al suelo, muerto de risa.

-Estoy agotado. ¿Cómo estás tú, Relámpago?

El cachorro movió la cola.

-Me parece que ya tenemos nombre -rió Olivia-. ¿Qué te parece, Relámpago?

El cachorro lanzó un ladrido de aprobación.

-Pues nada, Relámpago -sonrió Jackson, poniéndole la correa-. Pero estoy demasiado cansado como para volar la cometa.

-¡De eso nada! Yo quiero ver cómo lo haces.

Sacaron la cometa del coche y Olivia se quedó mirando mientras la hacía volar. Se le daba muy bien y disfrutó observando el movimiento de sus brazos...

Cuántas veces había deseado tener esos brazos alrededor de su cuerpo... Aunque se decía a sí misma que debía mantener las distancias, había descubierto que las advertencias no valían de nada. La realidad era que se sentía atraída por Jackson Crow. Después de todo, era una mujer adulta con deseos y necesidades. Quizá podrían mantener una relación sentimental, pensó. Nada serio, por supuesto. No pensaba volver a casarse nunca.

-¿Quieres intentarlo? -le preguntó Jackson entonces.

Ella se puso colorada. Pero entonces se dio cuenta de que se refería a la cometa.

-Sí, claro. ¿Qué tengo que hacer?

Olivia ató la correa de Relámpago a un árbol y se colocó delante de Jackson, con la espalda apoyada sobre su pecho. En tándem, sujetaron los hilos de la cometa viéndola bailar en el cielo. Ese era su objetivo, pero parecía querer romper los hilos y volar libremente.

Por alguna razón, a ella se le hizo un nudo en la garganta. Era solo una cometa, pero sentía una abrumadora y ridícula fraternidad con el artilugio.

Y con Jackson.

Como si fueran una sola persona. Sus brazos se movían en perfecta sincronización.

Eran perfectos juntos.

Perfectos...

De repente intentó apartarse, nerviosa.

-¿Qué pasa? -preguntó él.

-Nada, suéltame. No puedo respirar -murmuró Olivia.

-Espera un momento -dijo Jackson, apartando los hilos de la cometa-. ¿Qué pasa?

-Nada -murmuró ella, con una mano en el pecho. Estaba sufriendo un ataque de pánico, algo que no le había ocurrido en mucho tiempo

-Cariño...

Para disimular, Olivia tosió varias veces.

-Perdona. Es que tengo alergia al polen y, por un momento, me he quedado sin respiración.

-¿Quieres que te lleve al hospital?

-No, no. Tengo pastillas en casa.

Eso era cierto. Tenía antihistamínicos para su alergia.

-Pues vamos a casa -dijo Jackson entonces, tomándola del brazo.

-Espera, no es nada urgente. Baja la cometa mientras yo meto a Relámpago en el coche.

Durante el camino de vuelta a casa, tuvo que decirle dos veces que redujera la velocidad. La preocupación de Jackson era evidente, pero no podía contarle la verdad. Sabía que él no era como Thomas y su padre y no se sentía amenazada, especialmente después de haberlo conocido mejor durante aquellas semanas. Pero las emociones no tienen cerebro, no se

rigen por la lógica.

Creía haberse librado de sus ansiedades, pero estaba equivocada. La terapia había ayudado mucho, pero solo el tiempo cura ciertas heridas.

Evidentemente, todavía no estaba preparada para confiar en Jackson.

De vuelta en el apartamento, él tomó el sobre que Relámpago no había querido darle antes.

-Se me había olvidado decirte que estamos invitados a una recepción en casa del gobernador. Dentro de tres semanas.

-¿Con ocasión de qué? -preguntó Olivia, entrando en la cocina.

-Para conocer al Presidente y a la primera dama.

-¿Lo dices en serio?

-Sí. ¿Te apetece conocer a la flor y nata del estado?

Olivia pensó decir que no, pero rechazar una invitación así...

-Me encantaría conocer al Presidente -dijo, tomando el bote de pastillas-. ¿Sabes una cosa? Creo que ya no necesito esto. Me siento mucho mejor.

-Si no te tomas la pastilla, no vamos a comprar libros.

De modo que Olivia se tomó la maldita pastilla.

Capítulo Siete

-**M**e encanta este sitio -sonrió Olivia, respirando profundamente al entrar en la librería-. ¿No te gusta el olor?

-Sí, claro -sonrió Jackson-. ¿Quieres una taza?

-¿Qué?

-Que si quieres una taza de café.

Olivia vio que, en una esquina de la enorme librería, había un bar.

-No, me refería al olor de los libros. Las bibliotecas huelen a tradición, a pasado. Las librerías huelen a libros nuevos. Pero me encanta el olor de los libros, viejos y nuevos.

-Pues me parece que yo nunca le he prestado atención a eso. ¿Estás buscando algo en especial?

Ella negó con la cabeza.

-Voy a echar un vistazo a las nuevas publicaciones y luego quiero mirar los que están rebajados. ¿Tú quieres algo en particular? Nunca hemos hablado de nuestros autores favoritos. ¿Quién es el tuyo?

-Pues... tengo varios. ¿Y tú?

-Yo también tengo muchos. La lista es interminable, en realidad. Para divertirme, leo historias de fantasmas. ¿Y tú? ¿Cuál es tu tema favorito?

-Me gustan... los de misterio. Y los del Oeste.

-No me digas... Louis Murphy, ¿verdad? Escribe las mejores novelas sobre el Oeste americano.

-Sí, claro.

-Me parece que acaba de publicar una nueva. ¿Quieres que echemos un vistazo? Por cierto, me he dado cuenta de que en tu casa no hay libros.

-Sí, bueno, es que como acabo de mudarme...

-¿Por qué no nos encontramos dentro de media hora en el bar?

-Muy bien. Como tú digas.

Jackson esperó hasta que Olivia desapareció detrás de la estantería de

nuevas publicaciones y salió corriendo hacia el mostrador de información. ¿Por qué demonios había ido a una librería con ella? Antes prefería caminar descalzo sobre brasas encendidas. Estar rodeado de tanto libro lo ponía nervioso.

De todas las mujeres que hay en el mundo, tenía que colarse por una amante de los libros. Qué vida.

-Oiga, necesito ayuda,

-Sí, señor -le dijo el joven que estaba tras el mostrador-. ¿Qué está buscando?

-Baje la voz -murmuró Jackson, buscando a Olivia con los ojos-. Necesito un montón de libros... y rápido.

-¿Qué clase de libros?

-Todo los autores que escriban sobre el Oeste americano. Y también historias de fantasmas.

-¿Victorianas o eduardianas?

-¿Eh? No sé, las dos cosas.

-En cuanto a los libros del Oeste, ¿quiere ficción o ensayo?

-Las dos cosas.

-¿Cubierta dura o de bolsillo?

-Cubierta dura -contestó Jackson-. Y le doy cincuenta dólares si me ayuda a buscarlos todos en veinte minutos.

-Vamos por un carrito.

El joven salió corriendo hacia el otro lado de la librería como si le hubieran puesto un petardo.

-¿Aquí están los del Oeste?

-No, estos son los mejores relatos de fantasmas. Tenemos a M.R. James, Sheridan Le Fanu, Michael Scott, Matthew Lewis... ¿quiere uno de cada?

-Sí.

Después se acercaron a otra estantería, mientras Jackson miraba por encima del hombro.

-Los del Oeste... aquí tenemos a Shane McMurtry -dijo el joven en voz baja-. Es un autor muy solicitado.

-Vale, vale.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Pero son ediciones de bolsillo. O en cinta.

-¿Cómo?

-En cinta, ya sabe, para oírlos en el coche.

-¿En cinta? Vaya, vaya. ¿Tiene a ese McMurtry en cinta?

-Sí. Y a Grisham también.

-¿Quién es Grisham?

-Uno de los autores contemporáneos más leídos.

-Vale. Pues también lo quiero. Quiero todo lo que tenga en cinta.

Poco después estuvieron a punto de chocarse con Olivia, pero Jackson empujó al joven detrás de una estantería.

Y exactamente veinte minutos más tarde se dirigía, con el carrito lleno hasta los topes, hacia la caja registradora.

-Vaya, parece que le gusta mucho leer -dijo la cajera.

-Si tú supieras... -murmuró él.

Después de pagar, tomó las cuatro bolsas llenas de cintas y libros y se dirigió al bar. Estaba tomando la segunda taza de café cuando apareció Olivia.

-Perdona, es que se me ha ido el tiempo volando. Siempre me pasa en las librerías.

-¿Quieres una taza de café?

-Prefiero un capuchino.

-Muy bien, cariño.

Cuando Jackson volvió de la barra, Olivia estaba mirando dentro de sus bolsas.

-¿Has comprado todo esto.

-Sí. Tú misma has dicho que debía llenar mis estanterías.

Olivia sacó uno de ellos de la bolsa.

-¿Y por qué has comprado un libro sobre la menopausia?

A Jackson casi se le cayó la taza de café.

-Es... para la señora López.

-Ah, claro -murmuró ella, sacando otro libro-. ¡Qué maravilla! Este tienes que prestármelo.

-Llévatelo si quieres.

-No, no. Te lo pediré prestado cuando termines de leerlo. ¿Has leído toda la serie?

Jackson tomó un sorbo de café. Estaba sudando.

-Uno o dos, pero hace tiempo. ¿Quieres otro capuchino?

-Pero si aún no he probado este... -murmuró Olivia, sorprendida-. Dime, ¿cuál de los títulos de Grafton es tu favorito?

-No recuerdo el título, pero es un autor que me gusta mucho. Como te he dicho, los leí hace tiempo. ¿Se te ha ocurrido dónde podríamos ir a cenar esta noche?

-No, pero sí mañana. Estás invitado a cenar en mi casa. Incluso te haré una tarta para celebrar la ocasión.

-¿Qué ocasión?

-Tu cumpleaños. A menos que tengas otros planes.

-Ninguno -sonrió Jackson-. ¿De verdad vas a hacerme una tarta?

-Claro que sí. ¿Cuál te gusta más? -La de coco.

Debía haber perdido la cabeza. ¿Por qué le había prometido a Jackson hacerle una tarta de coco? Si apenas sabía cocinar...

Y se notaba.

La primera capa estaba torcida hacia un lado y tuvo que sujetarla con palillos. En realidad, tenía una pinta espantosa, pero quizá con un poco de nata...

No estaba tan mal. Cuando empezó a echar el coco comprobó que no se quedaba pegado a los lados, pero si lo tocaba se abría por arriba y amenazaba con caerse al suelo. Lo intentó todo, incluso estuvo a punto de usar el secador de pelo. Al final, echó toda la bolsa de coco y convirtió la tarta en una especie de iglú.

Olivia dejó escapar un suspiro. Afortunadamente, el resto de la cena era bastante sencilla: ensalada griega con queso y un asado que estaba en el horno.

La mesa estaba puesta, las velas encendidas, el regalo envuelto sobre el sillón. Solo tenía tiempo para darse una ducha rápida antes de que llegara Jackson.

Jackson tenía un espantoso dolor de cabeza. Había tomado más aspirinas de lo que es recomendable, pero la jaqueca no desaparecía.

Por la noche había intentado leer el libro de Grafton y se quedó sorprendido al saber que era una mujer. Lo intentó y lo intentó, pero no era capaz. Por fin, frustrado, se rindió y estuvo hasta las tantas escuchando la cinta. Afortunadamente, el chico de la librería le había hablado de las cintas. Sin ellas estaría perdido.

Y, para más remate, el domingo por la tarde era el día que Tami le daba una sesión maratónica sobre los casos que debían revisar en la Comisión el lunes. Tenía dos ayudantes en la oficina, pero repasaba la mayoría de los temas con ella.

Él odiaba los libros. Odiaba los periódicos, las revistas y hasta las instrucciones de los electrodomésticos. Odiaba cualquier cosa que estuviera impresa. Lo odiaba con la rabia de treinta años de angustia y frustración. ¿Cómo podía aparentar delante de Olivia que había leído algún libro?

Una vez en la ducha, Jackson abrió el grifo del agua fría para intentar aliviar el típico dolor de cabeza de los domingos.

¿Por qué estaba sometándose a aquella tortura? Porque era un idiota.

Entonces recordó el rostro de Olivia. Sus ojos, su preciosa sonrisa... Por eso lo hacía. Haría cualquier cosa por ella.

Y cualquier sacrificio merecía la pena.

Afortunadamente, tenía a Tami. Stephanie también era una gran ayuda. Y Jennifer. Quizá podría pagarles para que le leyeran un par de tardes a la semana. Eso lo ayudaría mucho.

Cuando estaba sentado frente a Olivia, Jackson pensó que era el hombre más afortunado del mundo. Le había preparado una cena deliciosa... aunque con ella se habría comido un bocadillo sintiéndose el hombre más feliz del mundo. Y, además, había flores y velas en la mesa.

Olivia estaba preciosa con un pantalón de raso de color rojo que se pegaba a sus curvas y que lo estaba volviendo loco. Tanto que le costaba trabajo comer. Solo quería mirarla, tocarla... hacerle el amor hasta el mes de abril. Aquella mujer era dinamita.

-Está riquísimo. Es una sorpresa que una chica tan guapa cocine tan bien.

Ella soltó una risita.

-No cocino nada bien. Y será mejor que te guardes los cumplidos hasta que veas la tarta.

-¿De verdad me has hecho una tarta?

-Bueno, algo parecido.

Olivia entró en la cocina y volvió con una especie de bola blanca sobre la que había una ve-lita. Entonces empezó a cantarle el «Cumpleaños feliz» con una voz ronca y suave parecida a la de Marilyn Monroe cuando se lo cantó al Presidente... y Jackson se volvió loco del todo.

-Feliz cumpleaños, señor Comisionado...

Entonces no pudo controlarse más. Cuando Olivia dejó la tarta sobre la mesa, la sentó sobre sus rodillas y empezó a besarla. Sabía a ciruelas y a fuego y, sin poder evitarlo, empezó a acariciar sus pechos a través de la blusa.

-Dios, cómo te deseo... -dijo con voz ronca.

-Pero la tarta....

-La tarta puede esperar. Deja que te haga el amor, cariño.

Ella intentó decir algo, pero los besos ahogaban sus protestas.

-Jackson, no -murmuró por fin, apartándose-. No quiero esto. No estoy preparada.

Tenía las mejillas rojas y respiraba con dificultad.

-Cariño, no quiero llamarte mentirosa, pero a mí me parece que estás tan preparada como yo.

-Lo siento, pero este es un mal momento para mí.

-Un mal... -Jackson se dio cuenta de lo que estaba diciendo-. Ah, ya entiendo. No te preocupes, cariño. ¿Qué tal si probamos la tarta?

Olivia miró su creación.

-Es horrible, ¿verdad?

-Es la tarta de cumpleaños más bonita que he visto en mi vida... porque la has hecho tú. Vamos a cortarla.

-Tienes que pedir un deseo y soplar la vela.

-Muy bien -sonrió él, dando un tremendo soplo.

-Ten cuidado con los palillos -le advirtió ella, mientras cortaba dos trozos-. He usado casi una caja entera intentando sostenerla. ¿Quieres café?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Sí, gracias. Yo voy por él...

-Siéntate. Es tu cumpleaños -lo interrumpió Olivia-. Toma, tu regalo.

-¿Me has comprado un regalo?

-Claro que sí. Espero que te guste. Venga, ábrelo mientras voy por el café.

Jackson rompió el papel, entusiasmado.

Un libro.

Estaba mirando la fotografía de la portada, una cometa, cuando ella volvió de la cocina.

-Es un libro sobre la historia de las cometas. ¿Te gusta?

Jackson tragó saliva.

-Me encanta.

-Me alegro de que te guste. ¿Qué tal la tarta?

Él tomó un trozo con el tenedor, quitó un par de palillos y se lo metió en la boca.

-Riquísima.

-¿Estás seguro? -preguntó Olivia, escéptica.

-Por supuesto.

Y para probarlo, tomó dos trozos y se llevó el resto a casa.

En realidad, a pesar de su aspecto, la tarta estaba riquísima. En su cocina, a medianoche, Jackson pensó que aquel había sido uno de los mejores cumpleaños de su vida. Solo una cosa lo habría hecho inolvidable: pasar la noche con ella.

La deseaba con todas sus fuerzas. Quería poner el mundo a sus pies, darle todo lo que quisiera, hacerle el amor hasta hacer que gimiera de placer pronunciando su nombre. Quería... Paciencia, se dijo a sí mismo.

Olivia estaba en la cama, pensando. En la oscuridad, miraba las sombras que un rayo de luna creaba en la pared.

¿Por qué se había echado atrás?

Quería que el cumpleaños de Jackson terminase allí, en su cama. Por eso se había arreglado tanto. Por eso había cambiado las sábanas y por eso eligió su ropa interior más seductora.

El escenario era perfecto, Jackson estaba excitado... y ella también. Y entonces, en el último momento, volvió a tener miedo. La ansiedad no era tan severa como la que sintió en el parque cuando estaban volando la cometa, pero estaba de nuevo allí. Pensaba que lo tenía todo claro, pero no era así. ¿Por qué?

No había detectado una pizca de crueldad, ni de extrema posesividad en Jackson. Él no era como Thomas... ni como su padre. En absoluto.

Pero Thomas también fue maravilloso durante su noviazgo. Solo más tarde descubrió que era un hombre cruel y posesivo. Thomas era un mentiroso de la peor calaña.

Olivia odiaba las mentiras y el engaño con todo su corazón. Y, sin embargo, se veía obligada a hacer algo que detestaba.

No había sido sincera con Jackson.

Pero, ¿lo había sido Jackson con ella?

Era algo sin importancia, pero ¿por qué le había dicho que le gustaban los libros de Grafton? Ni siquiera sabía que era una mujer. Y también lo había pillado en algún otro renuncio.

Eso la ponía nerviosa. La asustaba el engaño.

No, no podrían mantener una relación hasta que confiase en él por completo. Y Olivia se daba cuenta de que con Jackson sería imposible tener una simple aventura.

Su corazón estaba en juego.

Pero Jackson había mentido sobre el libro. ¿Por qué?

¿Y sobre qué más estaría mintiendo?

Capítulo Ocho

Olivia estaba fregando los platos y vio a otra de las «ayudantes» de Jackson salir de la casa. Por lo visto, tenía mucho trabajo... fuera de la oficina. Aquella era alta, pelirroja, joven. Muy joven. Había ido a casa de Jackson dos veces esa semana, el lunes y el miércoles por la noche.

Aunque a ella le daba igual las rubias y pelirrojas que fueran a su casa.

No estaba celosa.

Mentira podrida, claro.

Sabía que Jackson tenía un puesto de mucha responsabilidad en la Comisión y se tomaba su trabajo seriamente. De modo que estaba trabajando. Pero resultaba curioso que ninguna de sus ayudantes fuese bajita o tuviera el pelo gris. O que fuera un hombre.

Pero no era asunto suyo. Jackson no era su novio ni nada parecido.

Cuando salió de la cocina, vio sobre el escritorio el libro de Grafton que él le había prestado. Pasaría por su casa para devolvérselo, pensó. Antes de que pudiera cambiar de opinión, Olivia tomó el libro y bajó las escaleras.

Estuvo un rato llamando al timbre, pero Jackson tardó en abrir. Cuando por fin lo hizo, tenía el pelo mojado y llevaba una toalla atada a la cintura.

-Jennifer, has... -en cuanto vio que era Olivia, se apoyó en la pared, sonriendo-. Ah, qué sorpresa más agradable. Entra, entra.

Olivia lo miró, mortificada.

-Solo he venido a traerte el libro -dijo, antes de salir corriendo.

Jackson la llamó varias veces, pero ella no se volvió.

¿Qué más pruebas necesitaba? Había salido a abrir la puerta con una toalla. Pero claro, Jackson Crow era un hombre sano y normal. ¿Qué había esperado, que no se acostase con nadie? Por supuesto que no. Y no tenía derecho a esperarlo.

Pero si era así, ¿por qué le dolía tanto?

Intentando contener las lágrimas, Olivia subió los escalones de dos en dos y entró en su apartamento.

Murmurando maldiciones, Jackson se puso el pantalón y la camisa y salió de su casa dando un portazo. ¿Qué era lo que había enfadado tanto a Olivia? No tenía ni idea.

Pero sí tenía un horrible dolor de cabeza y no podía pensar con claridad. Una ducha fría solía ayudarlo, pero no había tenido tiempo.

¿La habría ofendido saliendo a la puerta solo con una toalla? No se le veía nada. Y ella lo había visto en bañador...

-¡Olivia! -gritó, golpeando la puerta-. ¡Olivia!

Ella abrió unos segundos después.

-No grites. Vas a despertar a todo el vecindario.

-Me da igual. ¿Por qué has salido corriendo?

-Porque... llegué en un momento inoportuno.

-¿Por qué? ¿Porque estaba en la ducha?

-Por eso y...

-Venga, dilo.

-Pues que, evidentemente, Jennifer y tú...

-¿Jennifer y yo qué?

Olivia miró al suelo.

Y entonces Jackson entendió.

-¿Crees que Jennifer y yo...? No me lo puedo creer. Estás celosa.

-¡De eso nada!

-¡Claro que sí! -rió él-. ¡Estás celosa!

Olivia le dio un puñetazo en el estómago.

-No estoy celosa. Lo que hagas con Jennifer o quien sea no es asunto mío.

-Sí lo es, cariño. No estoy interesado en acostarme con nadie, excepto contigo. Soy hombre de una sola mujer. Y para que lo sepas, Jennifer vive con un jugador profesional de fútbol. Por cierto, podríamos ir a verlo jugar el sábado. Y luego, a bailar música country.

-Yo no sé bailar country.

-Porque nunca has tenido una buena pareja. Yo soy un demonio en la pista de baile –dijo Jackson, tomándola por la cintura para dar un par de vueltas.

Olivia soltó una carcajada.

-Tú eres un demonio en todas partes, Jackson Crow.

-Desde luego.

-¿Qué tal una taza de café?

-Estupendo. ¿Tienes una aspirina?

-Sí. ¿Te duele la cabeza?

El se pasó una mano por la frente.

-Es que tengo mucho trabajo.

-Siéntate. Voy por la aspirina.

No tuvo que decírselo dos veces. Tenía la cabeza como un bombo.

Debía notársele porque cuando volvió de la cocina ella lo miró con el ceño fruncido.

-¿Te duele a menudo la cabeza?

-Una o dos veces por semana.

-A lo mejor necesitas gafas.

-No, tengo muy buena vista. Es la tensión.

Olivia se colocó detrás de él y empezó a darle un masaje.

-Ah, qué bien.

-Solía hacérselo a mi padre. Él también tenía jaquecas.

-Nunca me has hablado de tu familia.

-No.

Jackson esperó que siguiera hablando, pero no lo hizo.

Los mágicos dedos femeninos seguían masajeando su cuero cabelludo y cerró los ojos. Era como estar en el cielo. Sus músculos se relajaron y el dolor de cabeza fue desapareciendo poco a poco.

Entonces la sentó sobre sus rodillas.

-Cariño, voy a tener que casarme contigo y atarte a la pata de la cama.

Olivia se levantó de un salto, nerviosa.

-Ni lo sueñes, Comisionado.

Otra vez la había enojado. ¿Cuándo iba a aprender?, se preguntó, enfadado consigo mismo. Por fin había conseguido que Irish le contase algo sobre su pasado. Por lo visto, su ex marido y su padre eran dos hombres muy

posesivos y, al menor signo de represión, salía corriendo.

La paciencia era la clave. Paciencia para que ella marcara el paso.

Ese ex marido suyo debía haber sido un canalla. Y alguien debería decirle un par de cosas por haber arruinado la vida de su Olivia.

Olivia no había estado en un partido de fútbol en años. Desde la universidad, seguramente. Y no sabía qué ponerse, de modo que eligió unos vaqueros y un discreto jersey azul. Esperaba llevar la ropa adecuada.

Pero no debería haberse preocupado. Se sentó con Jackson y sus amigos en la grada de preferencia, la que estaba reservada para los que contribuían económicamente con el equipo, y todos iban con vaqueros y camisa. Aunque Jackson era el más guapo.

Durante el partido tomaron cerveza y comieron perritos calientes, como manda la tradición, mientras animaban al equipo del novio de Jennifer, que ganó por siete puntos.

-¿Tú estudiaste en la Universidad de Texas? -le preguntó Olivia.

-Solo el primer año. Pero hice muchos amigos. Es la universidad más divertida del país. Además, hago donaciones para que me den buenos asientos en los partidos.

-Jackson, eso es horrible.

-Es la verdad. ¿Quieres que mienta?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

-No, claro que no.

Así era Jackson. No se andaba con rodeos. Era una de las cosas que más le gustaban de él.

Fueron a cenar a su restaurante favorito, un mexicano en el centro de la ciudad, aunque Olivia apenas podía probar bocado después de los perritos calientes. Estaban en noviembre, pero todavía hacía buen tiempo como para sentarse en una terraza.

Después de cenar fueron a un edificio que parecía un establo y del que salía música country.

El sitio estaba abarrotado y había muchas parejas bailando.

Jackson le dio un billete al camarero, que los llevó a una mesa cerca de la pista. Entre la música y los pisotones de los bailarines, aquel sitio vibraba

de alegría.

-Vamos a bailar -dijo Jackson.

Ella lo siguió como pudo alrededor de la pista. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, quizá Jackson la llevaba en volandas.

-Cariño, se te da muy bien.

Bailaron durante media hora hasta que la orquesta tomó un descanso. Sudando por el ejercicio, Olivia se abanicó con la mano y después se dejó caer sobre la silla.

-No sé si mi corazón aguantará este ritmo. Estoy exhausta.

-Pensé que no sabías bailar country.

-Y no sé, pero no es tan difícil. Sobre todo si has hecho doce años de ballet. Además, tú bailas muy bien.

-Gracias, señorita. ¿Dónde estudiaste ballet?

-En California. Cosas de mi madre. Y cuando murió, mi padre insistió en que siguiera tomando clases. Según él, así aprendía disciplina.

-¿Ah, sí?

-En realidad, las clases me mantenían ocupada y así no le daba guerra.

Jackson tomó un trago de cerveza.

-¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre?

-Diez. Mi madre... se tomó un frasco de pastillas. La encontré en la cama al volver del colegio.

-Cielo... -murmuró él, tomando su mano-. No sabes cómo lo siento.

-Fue hace mucho tiempo. Y no quiero hablar de ello esta noche. Lo estoy pasando demasiado bien. ¿Quieres que juguemos al billar?

-¿Sabes jugar al billar?

-¿Qué tiene de raro? Seguro que te gano.

-¿A mí? No te lo crees ni tú. Tengo una licenciatura en billar.

-Creí que era en póquer.

-También. Te apuesto cinco dólares.

-Diez -sonrió Olivia.

-Vale.

Lo dejó pelado en la primera ronda. Jackson la miraba apoyado en la mesa,

incrédulo.

-¿Qué eres, una profesional?

-Ya te dije que sabía jugar. Me enseñó mi hermano Jason. Cuando mi padre lo castigaba sin salir subía al segundo piso, donde teníamos una mesa de billar. Y como me daba pena, yo jugaba con él.

-No sabía que tuvieras un hermano.

-Pues sí.

-¿No os veis a menudo?

Olivia negó con la cabeza.

-Ni siquiera sé dónde vive. Jason se fue de casa a los dieciocho años. Mira, están tocando otra vez. ¿Quieres bailar?

-Sí, claro.

Después de algunos endemoniados bailes, la orquesta empezó a tocar canciones lentas y Jackson la envolvió en sus brazos, poniendo las dos manos en su cintura.

Después de un par de vueltas, a Olivia le pareció buena idea meter las manos en los bolsillos de su pantalón. Nunca se había dado cuenta de lo erótico que era el trasero de un hombre. Bueno... no el de todos los hombres. El de Jackson.

Su trasero la volvía loca.

Prieto, sexy... Cuando él la apretó un poquito más, se dio cuenta de que estaba muy excitado e intentó apartarse.

-Estás...

-Duro como una piedra -terminó Jackson la frase-. Sí, señora. Pero sobreviviré. El hombre que hizo los vaqueros estrechos era un tipo listo.

Era más de medianoche cuando decidieron volver a casa. El baile seguía totalmente animado, pero Olivia estaba hecha polvo.

Jackson le pasó un brazo por la cintura mientras se dirigían a la furgoneta.

-¿Lo has pasado bien?

-De maravilla -contestó ella, apoyando la cabeza en su hombro-. Pero hace frío.

-Sí, parece que se acerca el invierno.

En ese momento, un relámpago iluminó el cielo y, unos segundos después, un trueno retumbaba sobre las colinas.

Enseguida empezó a llover y él le puso su sombrero.

-Corre antes de que nos caemos.

Pero no lo consiguieron. Antes de llegar a la furgoneta estaba lloviendo a cántaros, como solo puede llover en Texas. Jackson intentó que no se mojara pero fue imposible, así que entraron en la furgoneta empapados y muertos de risa.

-¿Cómo hace tanto frío de repente?

-Esto es Texas -sonrió Jackson, encendiendo la calefacción.

Nunca le había gustado tanto un hombre, pensó Olivia entonces. Nunca la había excitado tanto. Hubiera querido arrancarle la camisa y lamer las gotas de lluvia. Hubiera deseado sentir aquellas manos grandes sobre su piel desnuda...

Cuando él la miró, se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo. Jackson alargó la mano para acariciar su muslo y el roce fue como una descarga eléctrica. Solo el cinturón de seguridad evitó que hiciese una tontería. La tensión sexual que había entre ellos podría cortarse con un cuchillo.

Jackson apartó la mano y volvió a ponerla sobre el volante.

-Tengo que mirar la carretera. No quiero que nos demos un golpe.

-No, claro.

¿Era esa su voz? ¿Tan ronca?

Consiguieron llegar a casa sin problemas y Jackson apretó el botón de apertura del garaje. Cuando Olivia iba a protestar, él hizo un gesto con la mano.

-Si vamos corriendo a tu casa, nos calaremos otra vez. Además, mi cama es más grande -dijo, sonriendo—. Y vamos a necesitar mucho espacio.

Capítulo Nueve

-**E**ntra. Estás calada.

-Tú también -dijo Olivia.

-Sí, pero yo soy duro.

-Yo también -sonrió ella, dándole un golpe en el brazo.

Jackson le dio un beso en la nariz.

-No, tú eres como una cucharada de azúcar y no quiero que te derritas.

Relámpago, que estaba en la cocina, se puso a dar saltos al verlos.

-Hola, pequeñajo -sonrió él, inclinándose para acariciarlo-. Tú quédate aquí y cuida de la casa. Yo voy a encargarme de esta señorita.

Como si hubiera entendido la orden, Relámpago lanzó un ladrido. Jackson volvía loco a todo el mundo... humanos y animales.

-Qué rico es.

-Voy a encender la chimenea. Tú ve al aseo y quítate esa ropa mojada. Hay un albornoz en el armario.

-¿Dónde está?

-La tercera puerta a la derecha.

El aseo, pintado de verde y con el suelo de terracota, seguía oliendo a nuevo.

Mientras se quitaba el jersey frente al espejo, Olivia sonrió al ver que seguía llevando el sombrero de Jackson. Después de desnudarse, colgó la ropa en el toallero y se envolvió en un enorme y cálido albornoz blanco. Luego buscó un secador de pelo y un cepillo. Y los encontró. Una decoradora muy inteligente. Había de todo para las visitas. Incluso encontró una caja de preservativos en el cajón.

Olivia la abrió y guardó uno en el bolsillo del albornoz, sonriendo.

Después de secarse el pelo, comprobó que no se le había corrido el rímel. Estaba guapa. Y el roce del algodón en sus pezones, le dijo que se sentía definitivamente sensual. Y el brillo de sus ojos, que estaba preparada para Jackson Crow.

Aquella sería la noche.

Sintiéndose traviesa, guardó dos preservativos más en el bolsillo y sonrió mientras tomaba el sombrero para salir del aseo.

Descalza, volvió al salón. Jackson estaba inclinado sobre la chimenea, echando troncos. También él iba descalzo.

Y desnudo de cintura para arriba.

Olivia se quedó sin aliento. Estaba despeinado y llevaba solo los vaqueros y una toalla sobre los hombros.

Jackson debió sentir su presencia porque se volvió, sonriendo.

-Ven a calentarte un poco. He puesto la cafetera... ¿o prefieres una copa de vino?

-El café primero. Veo que sabes cómo encender un fuego.

-Naturalmente. Fui boy scout.

-Seguro que estabas muy guapo con tu uniforme -sonrió Olivia.

-Monísimo.

-Toma tu sombrero.

-Te queda mejor a ti -sonrió él, estrechándola en sus brazos.

Sus labios seguían fríos, pero su lengua estaba caliente. Mucho.

Y con ganas de juerga.

Jackson siguió besándola en la garganta, apartando el albornoz con la boca. Olivia enredó los brazos alrededor de su cuello y lanzó un gemido cuando él empezó a acariciar sus pechos a través de la tela.

-Oh, cariño...

Lo deseaba. Lo deseaba con tal fuerza que apenas podía soportar la espera. Lo había deseado durante demasiado tiempo. Apretándose contra él, Olivia enredó las manos en su pelo, jadeando, con el corazón acelerado.

-Jackson, quiero... quiero...

-¿Qué quieres, cielo?

-Te quiero a ti.

-Ya me tienes.

Él volvió a besarla, abriendo el albornoz para tocar sus pechos como un hombre hambriento. Y cuando bajó la mano para acariciarla entre las piernas, se le doblaron las rodillas.

-Jackson...

-¿Qué, cariño?

-Quiero... quiero...

-Dime qué quieres, cielo.

Estaba haciéndole cosas maravillosas con los dedos y Olivia apenas podía encontrar palabras.

-Te quiero dentro de mí. Ahora.

Jackson la tumbó en el sofá y se arrodilló frente a ella, devorándola con los ojos.

-En un minuto, cariño. Ahora quiero mirarte... y tocarte -murmuró, metiendo la lengua en su ombligo-. Quiero estar seguro de que estás preparada.

Iba deslizando la mano por sus muslos, su estómago, sus pechos... para bajar después y acariciar lugares más íntimos.

-Jackson, estoy preparada.

-Creo que sí -rió él-. Enseguida vuelvo.

-¿Dónde vas?

-A buscar un preservativo.

Olivia metió la mano en el bolsillo del albornoz.

-Toma.

Él levantó una ceja, sonriendo.

-¿Has venido preparada?

-Ya te he dicho que sí.

-Empezaba a pensar que no iba a ocurrir nunca -murmuró Jackson, quitándose los vaqueros-. He soñado muchas veces con esto.

Siguió acariciándola mientras se colocaba entre sus piernas, poniéndose el preservativo sin que Olivia se diera cuenta. Ella contuvo el aliento al sentir la embestida del hombre.

Ambos saborearon el momento de la unión, parándose un segundo para respirar. Entonces empezaron a moverse al unísono, en un baile sensual que los embriagaba a los dos.

Jackson la acariciaba mientras se movía, susurrando palabras de admiración por su belleza mientras empujaba cada vez con más fuerza.

Olivia se movía con él y el placer se incrementaba con cada embestida.

Se volvieron locos, las acometidas frenéticas, hasta que ambos cayeron del sofá.

Más rápido, más fuerte...

El espasmo la partió por la mitad y se arqueó hacia él, sin aliento. Jackson llegó al orgasmo inmediatamente después.

Olivia podía sentir la trémula palpitación de su desahogo dentro de ella.

Sudando, con el pelo sobre la cara, parecía un guerrero primitivo. Fuerte, musculoso, viril, soberbiamente hermoso.

Cómo lo amaba.

¿Amar?

No, se dijo a sí misma. Le gustaba hacer el amor con él. Era un amante experimentado y la hacía sentir como si fuera la mujer más deseable del mundo.

Olivia enredó los brazos alrededor de su cuello, emitiendo suspiros de placer.

-Estás ronroneando, cariño.

Ella rió suavemente.

-Tienes razón. Ha sido precioso.

-La noche es joven. ¿Quieres un café? ¿Vino, queso? ¿Mi corazón en una bandeja?

-Estás loco.

-Sí, señora. Loco por ti.

La tormenta siguió sacudiendo el cielo durante toda la noche y su tempestuosa unión, los cimientos de la casa. Siguieron haciéndolo en la enorme cama de Jackson, insaciables. ¿Eran los truenos los que la hacían sentirse tan salvaje? Nunca un hombre había despertado tan turbulentos sentimientos en ella. Nunca un hombre la había satisfecho como Jackson Crow.

Olivia durmió segura y contenta entre sus brazos y despertó poco antes de amanecer. La tormenta había cesado y entró en el aseo para recuperar su ropa. Seguía mojada y decidió meterla en la secadora. Mejor eso que cruzar la calle vestida solo con un albornoz. En cuanto abrió la puerta de la

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

cocina, Relámpago la recibió ladrando y dando saltos.

-Calla, pequeñajo. No quiero despertar a Jackson, ha tenido una noche muy dura.

Pero a Relámpago no le apetecía estar callado y siguió ladrando hasta que, después de meter la ropa en la secadora, Olivia lo tomó en brazos.

-Bichejo.

El cachorro lamió su nariz, contento.

-Oye, chaval -escuchó entonces la voz de Jackson-. ¿Estás intentando robarme la novia?

Ella se dio la vuelta.

-¿Te hemos despertado?

-No. Es que echaba de menos el sonido de tu respiración. ¿Qué haces despierta a estas horas?

-Secando mi ropa. No quería volver a casa con el albornoz.

-Vuelve a la cama. Vamos a dormir un rato más.

-Si vuelvo a la cama, no dormiremos en absoluto.

Jackson soltó una carcajada.

-Me temo que no hay peligro. Estoy hecho polvo. Venga -dijo, tomando su mano.

Olivia lo siguió a la cama. El había mentido, por supuesto. No estaba cansado.

Era media mañana cuando volvió a despertar. Sola.

Cuando se incorporaba, Jackson asomó la cabeza en la habitación.

-Buenos días, cariño. ¿Cómo te gustan los huevos?

-Fritos.

-¿Valen revueltos?

-De acuerdo.

-Enseguida vuelvo.

Cinco minutos más tarde, volvía con una bandeja en la mano.

-¿El desayuno en la cama?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Por supuesto. Beicon, huevos, tostadas, café y mermelada casera. Es de una empresa de mi abuelo -dijo Jackson, poniendo una tostada en su boca.

-Qué rica. ¿Dónde está tu desayuno?

-Ya he desayunado. Dos veces.

-¿Yeso?

-Hice el desayuno hace una hora, pero como estabas tan dormida...
¿Quieres algo más?

Olivia negó con la cabeza.

-Gracias. Nadie me ha traído nunca el desayuno a la cama.

-¿Ni siquiera cuando estabas malita?

-No. Gracias, Jackson. De verdad.

-De nada -sonrió él, besándola en la frente-. ¿Quieres que veamos las noticias? -preguntó, tomando el mando de la tele.

-Vale. ¿Has leído el periódico?

-No compro el periódico.

-¿En serio? Yo no puedo empezar el día sin leer el periódico, es una costumbre. Sobre todo, los domingos. Compro el *Statesman* y el *New York Times*.

-Nunca me han gustado los periódicos. Prefiero las noticias en televisión. ¿Quieres que vaya a comprártelo?

-No, déjalo. Pero no puedo creer que no leas el periódico, especialmente si te dedicas a la política -rió ella-. ¿Cómo puedes estar informado? En televisión apenas se habla del resto del mundo.

-Tengo la CNN...

Olivia levantó los ojos al cielo.

-Jackson, eso es absurdo. La televisión no informa en profundidad. Solo los periódicos dan las noticias con detalle.

-También escucho la radio -protestó él, con cara de niño al que han pillado con las manos en la caja de galletas.

-Venga ya.

Él apartó la sábana y le puso un poco de mermelada en un pezón.

-¿Te he dicho cuánto me gustan tus pechos? -murmuró, lamiendo la confitura.

-Varias veces. Cuidado, el café... -Jackson dejó la bandeja en el suelo-. ¿Y qué pasa con mi desayuno?

-Volveré a hacértelo más tarde -dijo él, apartando la sábana.

Más tarde, Jackson se preguntó por qué no se lo había contado. Era una oportunidad perfecta para decirle la verdad. ¿Por qué no le había dicho que no podía soportar la lectura, los libros, los periódicos...?

¿Por qué no le había dicho que era un ignorante? Se sentía como un canalla por no decirle la verdad. Quería que entre ellos todo fuera diáfano. Pero también deseaba su respeto. Y si lo supiera, ¿cómo podría respetarlo?

Le entraban sudores fríos al pensar que Olivia conociera su secreto. Ella era tan inteligente, tan preparada... Una mujer con una extraordinaria formación. Y no podía soportar la idea de que lo despreciara.

Pero tarde o temprano se enteraría.

Quizá no. Quizá podría seguir fingiendo. Después de todo, era un experto. Había engañado incluso a sus profesores de la universidad.

Ni siquiera su familia sospechaba que apenas sabía leer.

Capítulo Diez

Olivia estaba canturreando mientras terminaba de hacer una tarta de coco. No podía creer que casi se sintiera como un ama de casa. Después de la desastrosa tarta de cumpleaños, había jurado no volver a tocar el horno. Pero después de una semana de relaciones con Jackson estaba de nuevo haciéndole un pastel. Debía gustarle mucho el chico.

Sonriendo, dio un paso atrás y miró el resultado con expresión satisfecha.

La verdad era que tenía muy buena pinta.

Con la tarta en una bandeja, bajó al jardín. Aquella noche iban a cenar con Ed y Tessa. Jackson llevaría las cervezas, ella el postre.

Ed, un hombre alto de pelo cano, la recibió con una sonrisa.

-Qué olor a chuletas... Se me está haciendo la boca agua.

-Huelen fenomenal, sí. ¿Ya están hechas?

-Falta una media hora.

-Bonita tarta -sonrió Tessa.

Olivia sonrió, contenta con el cumplido.

-Empiezo a tener práctica.

-¿Dónde está Jackson con las cervezas? -preguntó Ed.

Ella se encogió de hombros. Cuando miró al otro lado de la calle, vio que no estaba el coche de Tami. De hecho, cada domingo salía de su casa un poco antes.

Y era raro que Jackson no hubiese llegado todavía. Siempre era puntual.

,

-Voy a ver qué le pasa.

Llamó al timbre y después de esperar un rato sin recibir respuesta, decidió entrar.

-¿Jackson?

Nada.

No estaba en la cocina ni en el salón. Cuando miró en el garaje tanto la furgoneta como el Jaguar estaban aparcados, de modo que no había salido de casa. Entonces oyó un estruendo en el despacho.

-¡Jackson! -gritó, abriendo la puerta. El despacho estaba apenas iluminado por una lamparita.

-¡Maldita sea! -lo oyó gritar, mientras tiraba un montón de papeles contra la pared. -¿Qué ocurre?

Él se volvió, con una expresión absolutamente desolada en el rostro.

-No puedo, Olivia. Soy una calamidad. Tú te mereces alguien mejor que yo.

Entonces se dejó caer sobre la silla, con las manos en la cara.

Alarmada, ella se acercó. Nunca lo había visto así. ¿Estaría borracho? Aquella reacción violenta despertaba un torrente de recuerdos terribles.

Su primera reacción fue ir a consolarlo, pero dudó. Dudó al recordar las incontables veces que tuvo que soportar la violencia de Thomas. Había soportado a un maltratador y no estaba dispuesta a hacerlo de nuevo.

¿Era Jackson ese tipo de hombre? No, pensó. No podía ser. Jackson no. No podía creer que estuviera repitiendo el mismo error, repitiendo el mismo patrón de comportamiento. Las mujeres lo hacen muchas veces, eligiendo parejas con los mismos defectos, a veces parejas como sus padres.

Pero no podía creerlo. Jackson no era así. Y tampoco ella era la misma mujer. Había aprendido mucho de sus errores. ¿O no?

Por fin, Olivia se acercó y lo envolvió en sus brazos.

-Jackson, ¿qué ocurre?

Los segundos le parecieron horas.

Por fin él levantó la cara, con expresión de angustia.

-Soy un ignorante. Y un mentiroso, Olivia.

-¿De qué estás hablando? No te entiendo. ¿Por qué estás tan enfadado?

-Todo es un desastre -murmuró él-. El niño de Tami se ha puesto enfermo y Jennifer tampoco puede venir. Nadie está en casa un domingo por la tarde y yo necesito ayuda. Tengo que revisar estos casos para mañana y no puedo hacerlo. Llevo horas sentado aquí, intentando leer... ¿y sabes hasta dónde he llegado? Dos páginas, Olivia. Solo he podido leer dos páginas - exclamó, pasándose una mano por el pelo-. Soy un completo majadero.

-¿Te duele la cabeza?

-Es como si alguien estuviera golpeándome con un martillo.

-Lo siento. ¿Dónde tienes las aspirinas?

-Ya he tomado un montón. No sirven de nada.

-Entonces, uno de mis masajes te dejará como nuevo -sonrió ella, tocando su frente. Pero Jackson la sentó sobre sus rodillas.

-Cariño, me cuesta un mundo admitir esto, pero tengo que hacerlo. Tengo que decirte la verdad.

Olivia empezó a sentir miedo. ¿Qué iba a decirle? ¿Estaría casado? ¿Tendría alguna enfermedad? ¿Alguna perversión sexual?

-¿Es algo horrible? -preguntó, temblorosa.

-Sí, lo es.

Hubiera querido taparse los oídos, pero no podía hacerlo.

-Dímelo.

-No sé leer.

Ella soltó una carcajada.

-Qué tontería. Lo que pasa es que te duele mucho la cabeza...

-Escúchame, cariño. No sé leer. Nunca he sabido leer. Leo como un niño de diez años.

Olivia lo miró, sin entender.

-¿Estás intentando decir que eres analfabeto?

-Más o menos.

-Eso es ridículo. Tienes una licenciatura universitaria. ¿Cómo vas a ser analfabeto?

-Soy un hombre de recursos -suspiró Jackson-. Fui a cuatro universidades diferentes y, por fin, me gradué en una carísima... de esas en las que te aprueban si financias la construcción de algún edificio.

-¿En qué te graduaste?

-En Arte Dramático.

-¿En Arte Dramático? ¿Eres actor?

-Bueno, siempre fui el payaso de la clase. La mayoría de las obras clásicas está en disco y así me aprendía los textos.

-Para esconder el hecho de que no sabes leer.

Él se encogió de hombros.

-No tuve más remedio.

-¿Tus padres lo sabían?

-No. Pero se sentían avergonzados de mí porque soy el más tonto de la familia.

-Jackson, te conozco desde hace algún tiempo y te puedo asegurar que no eres tonto. De hecho, Pete me contó que eras el más inteligente de sus nietos.

-¿Yo?

-Sí, tú. ¿Ninguno de tus profesores se dio cuenta de que no sabías leer?

-No. Y cuando empezaban a sospechar, me cambiaba de colegio o de universidad. Lo que hice fue desarrollar una memoria de elefante. Los chicos de clase me leían las lecciones y yo las memorizaba. Como te he dicho, soy una persona con muchos recursos.

-Es una forma de compensar -murmuró Olivia, abrazándolo.

-Pero esta vez no puedo hacer nada. Hay que leer demasiados papeles para la Comisión y no puedo hacerlo.

-¿Para eso habías contratado a Tami y las otras chicas?

-Sí. Ellas creen que tengo un problema en la vista. Ya sabes, siempre tengo alguna excusa para esconder mi ignorancia.

-¿Te has hecho alguna vez una revisión de la vista?

Jackson asintió.

-Veo perfectamente. He contratado tutores para que me enseñasen a leer, pero no ha funcionado. No soy capaz de hacerlo, Olivia. ¡Dios, es tan humillante contarte esto!

-No seas niño. Yo soy psicóloga y sospecho que tienes alguna dificultad de aprendizaje, algún tipo de dislexia. Pero no lo sabremos hasta que te hagas unas pruebas.

-¿Qué es la dislexia?

-Es un término que cubre muchos problemas de aprendizaje. En realidad, una disfunción cerebral.

-Estupendo. Ahora soy un imbécil con el cerebro hecho puré -suspiró Jackson-. Casi prefiero ser un ignorante.

Olivia tuvo que contener una sonrisa.

-No eres un ignorante. Hay mucha gente con ese problema... ¿quieres creer que Albert Einstein era disléxico? Hay muchas clases de dislexia -dijo

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

entonces, levantándose-. Espera, voy a encender la luz.

-No, gracias. Prefiero que haya poca luz.

Ella se quedó pensativa.

Poca luz, dolores de cabeza...

-¿Por eso sueles llevar gafas de sol?

-Supongo que sí. Pero todo el mundo las lleva. En Texas el sol es muy fuerte.

-Puede que eso sea una pista. Tendré que hablar con Joanna Armbruster.

-¿Quién es?

-Una amiga de la universidad. Es la catedrática de psicología aplicada a la enseñanza. Hizo una tesis sobre las dificultades de ciertas personas para aprender a leer, precisamente. Le pediré una cita para hacerte pruebas.

Jackson parecía incómodo.

-No sé...

-No te preocupes, no te dolerá nada. Y hablando de dolor, ¿qué tal la cabeza?

-Mejor. Ya casi no me duele. Supongo que la confesión es buena para el alma. Pero sigo sintiéndome como un imbécil.

-¿Por qué? Ya te he dicho que es un problema relativamente común. Yo pensé que tenías una enfermedad venérea o algo así.

-No. Estoy sano -sonrió él.

-Me alegro. Venga, vamos a cenar y después te leeré todo lo que haga falta.

-De acuerdo. Ahora mismo podría comerme una docena de chuletas.

-Vamos por las cervezas.

Después de sacarlas de la nevera, Jackson la envolvió en sus brazos.

-¿Te he dicho alguna vez lo especial que eres? No dejas de asombrarme. He sudado sangre para contarte esto y tú... ni siquiera has pestañado.

-¿Por qué iba a hacerlo? No te preocupes, ya verás como no es tan grave.

El sonrió, con una expresión de infinita ternura.

-Eres maravillosa.

-Venga, vámonos. He hecho una tarta de coco.

-¿En serio?

- En serio. Y me ha salido estupenda. ¿Dónde está Relámpago?
- Creo que está en el jardín, comiéndose mis pelotas de golf.
- Lo estás malcriando.
- No puedo evitarlo. Es un canalla, pero estoy enamorado de él... -Olivia le dio un azote en el trasero-. ¡Señorita Olivia, qué libertades!
- Es que tienes un trasero muy tentador. Jackson se puso serio entonces.
- Cariño, si no te importa preferiría que no le contases... mi problema a los Jurney.
- Mis labios están sellados. Solo se lo contaré a Joanna.

El martes por la tarde Jackson deambulaba por el pasillo, nervioso, esperando que terminase la clase de Olivia. Le apretaba la corbata y tenía sudores fríos. Quizá había pillado la gripe.

Por fin, la puerta del aula se abrió y un montón de estudiantes salió en desbandada. ¿Se estaba haciendo viejo o esos chicos eran muy jóvenes para estar en la universidad? Y no podía creer la pinta que llevaban a clase.

Olivia estaba sentada frente a su escritorio, hablando con un par de ellos. Cuando Jackson se acercó, una chica le dio un codazo a otra y las dos soltaron una risita.

Sí, debía estar haciéndose viejo.

-Estás para comerte -le dijo Olivia cuando se quedaron solos.

-¿Cómo?

-Bridget y Emily dicen eso de ti.

-Para comerme, ¿eh?

-Que no se te suba a la cabeza, Comisionado. Podrías ser su padre.

-No me lo recuerdes. ¿La cita con Joanna Armbruster sigue en pie?

Olivia miró su reloj.

-Ahora debe estar en el laboratorio. ¿Nervioso?

-No. Siempre me corto las uñas con los dientes.

-Venga. Vamos a verla. Y, por cierto, hoy estás guapísimo.

Jackson pasó la mano por la chaqueta gris.

-Vengo de la oficina. ¿Vas a quedarte conmigo durante las pruebas?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-¿Quieres que me quede?

-No lo sé. No sé si quiero que me veas humillándome a mí mismo.

-¿Por qué no le preguntamos a la experta?

Joanna Armbruster era una mujer bajita de pelo rizado que daba la mano como un campeón de boxeo.

-¿Puede quedarse Olivia durante las pruebas? -le preguntó Jackson.

-No, será mejor que vuelva dentro de una hora.

-¿Por qué no te vas a casa? -sugirió él entonces-. Luego pasaré por allí.

-¿Seguro?

-Seguro. Y muchas gracias.

-Quítese la chaqueta -sonrió Joanna cuando se quedaron solos-. Le aseguro que esto no va a dolerle. ¿Está nervioso?

-Un poco.

Después de hacerle un par de preguntas, le pidió que leyese un montón de papeles. Y el dolor de cabeza apareció inmediatamente.

Después de muchas más preguntas y pruebas, la mujer sacó una carpeta con varios plásticos de colores.

-Creo que Olivia tiene razón. Puede que tenga sensibilidad escotópica.

-¿Qué es eso?

-Jaqueca oftálmica. Lea esto, por favor -dijo Joanna, ofreciéndole un texto sobre el que colocó un plástico amarillo.

Jackson intentó hacerlo, pero las letras bailaban ante sus ojos.

-No.

-Muy bien. Intente leerlo ahora -sugirió ella entonces, colocando un plástico de color rosa.

Nada. Tampoco podía.

Después de intentar varias combinaciones, la catedrática colocó un plástico de color malva sobre uno de color turquesa.

-Inténtelo de nuevo.

Jackson tomó el papel y... levantó la mirada, atónito.

-Las letras no se mueven. Puedo leerlas.

-Colocar estas transparencias de colores sobre los textos que deba leer lo

ayudará muchísimo. Pero también debe acudir al oculista. Necesita unas gafas especiales para personas con su problema.

-Señora Armbruster, no puedo decirle lo que esto significa para mí -dijo Jackson, con un nudo en la garganta-. Es un milagro.

Ella sonrió.

-La diferencia es tan espectacular que a veces puede parecerlo.

-¿Necesita ayuda en el laboratorio? Me refiero a subvenciones, becas o algo así.

-¿Lo dice en serio? Una universidad siempre necesita subvenciones.

Jackson sacó su chequera del bolsillo y escribió una cantidad,

-Tome, para su cátedra.

Joanna Armbruster abrió los ojos como platos.

-No será una broma, ¿no?

-Eso no es nada comparado con lo que usted ha hecho por mí. No sabe cómo se lo agradezco.

Cuando salió del despacho, Olivia lo estaba esperando en el pasillo.

-Te has quedado -murmuró Jackson, con el corazón colmado de alegría.

-¿Cuál es el veredicto?

Él la tomó en sus brazos.

-No soy un ignorante. Solo necesitaba un poquito de color en mi vida. ¿Te lo puedes creer? Es un milagro -exclamó, dando vueltas por el pasillo-. Solo tengo que poner unos papeles de colores y las letras dejan de bailar. Olivia, puedo leer. Vamonos a casa. ¡Esto hay que celebrarlo!

Capítulo Once

Olivia ya estaba vestida cuando oyó pasos en la escalera. Habían vuelto de la universidad una hora antes y Jackson le dijo que se pusiera sus mejores galas porque se iban de fiesta. Nunca lo había visto tan feliz y eso la hacía feliz a ella.

-¡Abre la puerta, jovencita! ¡Vengo cargado hasta los topes!

Jackson iba cargado de rosas rojas, blancas, amarillas, orquídeas y lilas.

-¡Por Dios bendito! ¿Has comprado toda la floristería?

-Casi todo. Había comprado las rosas cuando recordé que te gustaban las orquídeas y las lilas.

-Son preciosas.

-Te habría traído más, pero no podía con ellas -sonrió él-. Saca unos floreros, cariño, me estoy clavando una espina en el dedo.

Olivia entró en la cocina, preguntándose de dónde demonios iba a sacar tantos floreros. Colocó las rosas en una vasija de cerámica, las orquídeas en otra y las lilas en una jarra de cristal verde que había comprado en el mercadillo.

Cuando terminó de arreglar los ramos, Jackson seguía sonriendo.

-Son preciosas y huelen de maravilla. Gracias.

Él la abrazó entonces.

-Sé que soy un exagerado, pero te debo mucho más que unas cuantas flores. ¿Tienes idea de lo importante que es esto para mí? No podría pagarte aunque te comprase todas las flores de Texas -dijo, sacando una cajita del bolsillo-. Esto también es para ti.

-Jackson...

-No me digas que no. Este es un día especial. No sabes lo que significa para mí ser capaz de leer. Por favor, cielo. Acéptalo, ¿de acuerdo?

Su expresión era tan tierna que Olivia fue incapaz de negarse.

-De acuerdo -sonrió, abriendo la caja. Dentro había unos pendientes de diamantes-. Pero Jackson... no puedo aceptar esto. Deben haberte costado una fortuna.

-Qué va, los he pagado con la tarjeta de crédito.

-No, en serio. No puedo aceptarlos.

-Demasiado tarde. Ya has dicho que sí. Venga, pónelos, quiero ver cómo te quedan. Y luego vamos a cenar al mejor restaurante de Austin.

Olivia no discutió. Aquel era un día muy especial para Jackson y no quería estropearlo. De modo que se puso los pendientes delante del espejo, sonriendo.

-Preciosa, absolutamente preciosa -rió él, sacando otra cajita dorada del bolsillo-. Toma, esto también es para ti.

-No.

-Pero cariño...

-He dicho que no. Los pendientes ya son demasiado.

Jackson la tomó por la cintura.

-¿No sientes un poquito de curiosidad?

-No pienso aceptar más regalos.

-¿Y si te digo que es una pluma?

-No te creería. Venga, vamos a cenar. Estoy muerta de hambre.

-Vale, vale. ¿Dónde está tu abrigo?

Jackson sacó las transparencias de colores y las puso sobre el menú.

-Mira, puedo leerlo todo. ¿Quieres un guiso de lagarto?

Olivia arrugó la nariz.

-No.

-Aquí todo está buenísimo, en serio. Lo hacen de una forma increíble y ni siquiera sabes lo que estás comiendo. ¿Qué tal venado al coñac?

-¿Quieres que me coma a Bambi?

-Ah, perdón. ¿Qué tal el pato?

-¿Por qué no pides tú? Y díselo al oído al camarero para que no me entere de lo que estoy comiendo.

Jackson sonrió... pero hizo lo que le había pedido. Después, tomó su copa de champán para brindar.

-Por la mujer más increíble que he conocido nunca y por el futuro.

-Por los nuevos horizontes —brindó Olivia. Él se quedó mirándola durante

largo rato—. ¿Por qué me miras así?

-Estaba pensando en lo inteligente que eres. Y en cómo te quiero.

Ella apartó la mirada. Aquello no debía pasar. No quería declaraciones de amor.

-Cariño, ¿por qué pones esa cara?

-¿Qué cara?

-Como si estuvieras a punto de salir corriendo. Solo digo lo que siento.

Olivia empezó a darle vueltas a su copa.

-¿Cuándo piensas ir al oculista? Jackson dejó escapar un suspiro.

-Mañana. Estoy deseando conseguir esas gafas.

Ella se alegró de que no volviese a hablar de amor. Ni siquiera en la cama.

Hicieron el amor con lentitud, disfrutando el uno del otro. Después, apoyó la cabeza sobre su pecho y se quedó dormida.

-Cariño... -susurró Jackson-. Son las ocho. Tengo que irme.

Olivia abrió los ojos, medio dormida y le dijo adiós con la mano.

Una hora después la alarma del despertador empezó a sonar, pero ella le dio un manotazo. Y cuando volvió a apoyar la cabeza en la almohada, sintió que había algo duro debajo.

La cajita dorada.

Apartando el pelo de su cara, Olivia parpadeó.

¿Se atrevía a abrirla?

No. Absolutamente no.

Dejó la cajita sobre la mesilla y fue al baño para lavarse los dientes.

Pero sentía tanta curiosidad...

Aun así, se duchó y fue a encender la cafetera. Pero no podía dejar de pensar en la maldita caja...

-¡Por Dios bendito!

Por fin, sin poder evitarlo, la abrió. Era un brazalete de diamantes con una monedita de oro en la que había algo grabado: *Te quiero*.

Entonces, sin poder evitarlo, se puso a llorar.

No podía engañarse más. Ella también lo amaba.

Olivia estaba a punto de irse a la universidad cuando sonó el teléfono.

-Cariño, me alegro de pillarte en casa -oyó la voz de Jackson al otro lado del hilo-. Me voy al aeropuerto. Tengo una cita en la clínica Irlen de Houston y no vuelvo hasta el viernes.

-¿En Houston?

-Por lo visto, son especialistas en mi problema.

-Ah, claro.

-Volveré a casa con mis gafas.

-Me alegro. Pero ya sabes que lo de la jaqueca oftálmica solo es parte del problema.

-Lo sé, lo sé. Joanna Armbruster me lo contó todo. Además, me dio un libro que pienso leer en el avión.

-Qué bien -sonrió Olivia.

-Oye, ¿te importaría hacerme un par de favores?

-No, dime.

-¿Te importa dar un paseo con Relámpago? La señora López le dará de comer, pero quiero que haga ejercicio.

-Por supuesto. Iré a echar unas carreras con él.

-Otra cosa, por favor llama a Irish y dile que sus habitaciones están confirmadas en el Driskill para el fin de semana y que tengo hora para jugar al golf con Kyle y Matt el sábado.

-Muy bien.

-Debo irme, cariño. Te quiero.

Jackson colgó sin que Olivia pudiera replicar. Casi había olvidado lo del fin de semana. Era la recepción para el Presidente en casa del gobernador. Pero no tenía nada que ponerse... Quizá Irish le daría alguna idea.

-Yo tengo un montón de vestidos, algunos todavía con la etiqueta puesta. Y no puedo ponérmelos porque no me caben. Así que te llevaré dos o tres. - Gracias.

-Estoy deseando verte.

-Yo también. Podemos comer juntas el sábado, mientras los chicos juegan al golf.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Por supuesto. Y el viernes por la noche.

-Si Jackson llega a tiempo de Houston.

-¿Qué hace en Houston? -preguntó Irish.

-Pues... ya sabes, negocios -contestó Olivia.

-Ah, claro. ¿Qué tal van las cosas entre vosotros?

-No sé qué decirte.

-Dímelo todo -rió su amiga.

-Estamos... saliendo o algo así. Lo pasamos bien juntos, pero nada más. ¿Sigues teniendo náuseas por las mañanas? -preguntó Olivia, intentando cambiar de conversación.

-No, ahora estoy mucho mejor.

-Bueno, Irish, tengo que irme a clase. Nos vemos el viernes.

Los días pasaban lentamente sin la presencia de Jackson. Aunque estaba ocupada, Olivia se daba cuenta de lo importante que era en su vida.

El miércoles estaba jugando con Relámpago en el jardín y el pobre cachorro parecía tan triste que decidió quedarse un rato viendo la tele. No quería quedarse dormida, pero así fue. Se despertó a las dos de la madrugada, con Relámpago profundamente dormido en su regazo.

Se había perdido la llamada de Jackson... Olivia marcó su número de teléfono para comprobar los mensajes.

Había dejado cuatro. El último, a la una de la mañana.

«¿Dónde estás, cariño? Me tienes preocupado. Llámame cuando llegues a casa».

¿Debía llamarlo o no?

Debía llamarlo. Olivia marcó el número de su hotel y Jackson contestó inmediatamente.

-Sé que es muy tarde, pero me he quedado dormida en tu sofá..

-Me habías asustado.

-No pasa nada. Estoy aquí, con Relámpago, viendo una película.

-¿De John Wayne?

-No, tonto. Una comedia romántica. Pero me he perdido el final.

-Vivieron felices y comieron perdices, seguro. ¿No es así como terminan

todas?

-Las películas, sí -contestó Olivia, con un nudo en la garganta-. La vida real es diferente.

-No tiene por qué serlo si dos personas se quieren. Yo quiero que vivamos felices para siempre, Olivia. ¿Tú no?

Ella se mordió los labios. ¿Era eso lo que quería? Intentaba imaginar un futuro con Jackson, pero era incapaz.

-No quiero presionarte, cariño -dijo él entonces-. Pero me gustaría saber lo que sientes por mí.

-Me gustas mucho, Jackson.

-¿Y?

Olivia dejó escapar un suspiro.

-Yo creo que deberías conocer mi pasado y quizá algún día te lo cuente, pero no ahora. La versión corta es que estuve casada con un maltratador y por eso soy muy cautelosa.

-Yo me cortaré un brazo antes de hacerte daño, cielo. Te lo juro por lo más sagrado. Te quiero mucho.

Ella sabía que era verdad. Pero no podía dejar de sentir cierto pánico ante la idea de confiar en él por completo, de poner el corazón en sus manos. Lo amaba, pero no estaba lista para decirlo ni para comprometerse. Aún no.

Quizá nunca lo estaría.

-¿Llegarás el viernes por la tarde?

Al otro lado del hilo hubo un suspiro.

-Espero que sí. Tami se encargará de contratar el catering para la cena. ¿Quieres hacerme un favor, cielo?

-Sí, claro.

-Es muy tarde y no quiero que vuelvas sola a casa. ¿Por qué no duermes en mi cama?

-Jackson, mi casa está al otro lado de la calle.

-Por favor...

-De acuerdo, me quedaré.

-Sueña conmigo —susurró él.

Capítulo Doce

Mientras se dirigían a la mansión del gobernador en la limusina, Olivia se sentía como la Cenicienta.

No podía creer que la misma pandilla que la noche anterior había cenado pollo frito en el jardín, en vaqueros y zapatillas, se hubiera convertido en un grupo de gente elegantísima dispuesta a comer caviar con el Presidente y su esposa. Todos menos Eve, claro. La hermana de Irish solo comía verduras.

El vestido de terciopelo de color azul zafiro que Irish había llevado para ella era perfecto. Con escote «palabra de honor» y largo hasta el suelo, era un ejemplo de elegancia y buen corte. Su amiga había insistido en prestarle también un collar de diamantes y, con los pendientes que Jackson le había regalado, parecía recién salida de las páginas de una revista.

Pero no llevaba el brazalete. Era precioso, pero pensaba devolvérselo. Sencillamente, no había tenido oportunidad. Solo estuvieron solos cuando él fue a buscarla al apartamento... y los demás estaban esperando en la limusina.

-Estás divina -exclamó Jackson al verla-. Preciosa. Ese vestido parece hecho para ti. Es del mismo color que tus ojos.

Pasarse la tarde en el mejor salón de belleza de Austin había merecido la pena, desde luego. Un moño fabuloso, la piel estirada como un bebé, las uñas perfectas... Incluso ella estaba asombrada.

Jackson le dio un beso en el cuello mientras le ponía un chal sobre los hombros.

-¿Qué tal si olvidamos la recepción y nos quedamos en la cama? -le dijo al oído.

-No te lo crees ni tú. No he estado toda la tarde poniéndome divina para pasar la noche a oscuras.

-Podemos dejar las luces encendidas.

-De eso nada -sonrió Olivia, tomando el bolso-. Vamos a ver al Presidente. Por cierto, ¿qué tal las gafas?

-Estupendas. Mejor que los plásticos de colores. Oye, no le digas nada a Matt y...

-Claro que no, bobo.

En aquel momento la limusina se detenía frente a la mansión del gobernador, con su cuidadísimo jardín y sus columnas blancas. La casa estaba maravillosamente iluminada y rodeada por guardias de seguridad.

Desde luego, Cherokee Pete estaría orgulloso de sus nietos: tres hombres guapísimos de esmoquin, cenando nada más y nada menos que con el Presidente. Y de sus nueras. Irish estaba preciosa con un vestido verde esmeralda que disimulaba un poco su embarazo y Eve con un vestido de color rosa.

Jackson tomó el brazo de Olivia, que se sentía como una estrella de cine con todas aquellas cámaras.

Dentro de la casa, le presentaron al Presidente y a la primera dama, pero no recordaba qué les había dicho. Esperaba que fuese algo sensato.

Mitch le dio un abrazo, que Jackson observó con cara de pocos amigos, y después se sentaron para cenar. Él parecía conocer a todo el mundo. Era simpático con los hombres y encantador con las mujeres. Un seductor, desde luego.

Y las gafas le daban un aire muy distinguido. Aunque Matt y Kyle le habían tomado el pelo.

Afortunadamente, nadie preguntó cuál era su problema en la vista. Jackson quería que fuese un secreto y ella pensaba mantenerlo.

Después de la fiesta, Irish los convenció para tomar la última copa en el hotel. A Olivia le encantó el Driskill, con su entrada palaciega y el interior Victoriano. En el bar, sofás de terciopelo rojo y una chimenea con gárgolas.

-Úy, qué horror -murmuró Eve.

-¿No te gusta? A mí me encanta -rió ella.

-Por cierto, Kyle y yo vamos a celebrar el día de Acción de Gracias en casa y espero que vengas con Jackson -le dijo entonces Irish-. Va a ser una cena completamente familiar. El abuelo Pete hará su famoso pan de maíz, mi hermana pastel de calabaza y el pavo... entre todos. Va a ser el pavo más grande de Texas.

-Y mis padres llevan el vino -dijo Matt.

-Es que mi madre ya no cocina. Desde que viven en el hotel... -sonrió Jackson.

-No sabía que tus padres vivieran en un hotel -dijo Olivia.

-En San Antonio. Es de mi abuelo y ellos viven en una suite de dos pisos. Viajan mucho, además. ¿Dónde están ahora, Matt?

-Creo que la última postal llegó desde Japón.

-Espero que vengas para la cena, Olivia -insistió Irish.

-Supongo que iré. ¿Qué puedo llevar?

-¡Tarta de coco! -exclamó Jackson.

-Estupendo. Es la que más me gusta -rió Kyle.

-Te gustan todas -dijo su mujer.

Olivia se preguntó si sería sensato pasar el día de Acción de Gracias con la familia de Jackson. Tenía la premonición de que, como mínimo, todos intentarían buscar una fecha para la boda.

Después de tomar una copa, volvieron a casa en la limusina.

-A la mía -dijo él-. Mi cama es más grande, ya sabes. Y llevo toda la noche deseando bajar la cremallera de ese vestido.

Nada más cerrar la puerta, Jackson empezó a desnudarla. El vestido acabó en el suelo y fueron besándose hasta el dormitorio, tropezando con los escalones.

-Tonto...

-Un nuevo conjunto de ropa interior, ¿eh? -murmuró él.

-Lo he comprado esta mañana. ¿Te gusta? -Me gusta más... quitártelo -dijo Jackson, tirando las braguitas sobre la lámpara.

Olivia, solo con las medias y el ligero, empezó a besarle en el cuello. Mientras tanto, él no paraba de moverse. Los zapatos cayeron en alguna parte, la camisa terminó en la mesilla y los pantalones sobre el sillón.

-Nunca he hecho el amor con una mujer que llevase solo un ligero. Pero me gusta -murmuró, pasando la lengua por uno de sus pezones.

-A mí también. Es muy sexy. Él enterró la cara entre sus piernas, acariciándola con la lengua hasta que Olivia le rogó que la penetrase. Al principio, Jackson se movía despacio, pero ella le pidió que fuera más rápido. El ritmo era salvaje, sensual... Cuando el último espasmo terminó, él pasó la mano por el ligero.

-Cariño, puede que ponga esto en un marco.

El domingo por la mañana estaban en la cama tomando café y leyendo el periódico.

-Sigo sin creer que me resulte tan fácil. Es asombroso -dijo Jackson, contento-. Voy a contratar un tutor para que me ayude con lo que no pude aprender en el colegio, pero de todas formas... ¡Estoy leyendo! Mira, nuestra foto está en la página de sociedad.

-¿Dónde? -exclamó Olivia.

-Aquí, mira. De izquierda a derecha, Kyle... bla, bla, bla y Jackson Crow, miembro de la Comisión de Gobierno y Olivia Moore, profesora de la Universidad de Texas.

-¡No me lo puedo creer! Quiero una copia de esta foto. O mejor, compraré todos los periódicos del quiosco -rió ella, encantada.

-No hace falta. Se los pediré al editor. Es amigo mío -sonrió Jackson-. Es increíble, con estas gafas puedo leer tu nombre. Y es tan bonito.

A Olivia se le encogió el corazón. Cada día era más bonito estar con Jackson.

Olivia estaba revisando exámenes con la televisión encendida cuando las palabras «Presidente» y «Austin» pronunciadas por el locutor llamaron su atención.

Pasaron entonces unas imágenes de la recepción y allí apareció Jackson... y ella también.

Entonces sintió pánico. ¿Y si Thomas veía esas imágenes? Si era así, sabría dónde localizarla... Olivia se puso la mano en el pecho, intentando controlar los latidos de su corazón.

La foto del periódico no le había preocupado mucho porque era un diario de Texas, pero la televisión llegaba a todas partes... Entonces se dio cuenta de que era un canal local y respiró, aliviada. Era muy difícil que Thomas Fairchild, de California, tuviera acceso a un canal de Texas.

«Cálmate», se dijo a sí misma. «Él no va a encontrarte». Seguramente, habría decidido dejar de buscarla después de tanto tiempo...

O eso esperaba.

Pero por mucho que se dijera, una duda quedó plantada en su cerebro, una preocupación que no podía quitarse de encima.

Aquella noche durmió mal y se despertó al amanecer, nerviosa.

Cuando sonó el teléfono, se puso la mano en el corazón.

Era Irish.

-¿Has visto la CNN?

-No. ¿Por qué?

-Porque hemos salido en la recepción dándole la mano al Presidente - contestó su amiga, sin saber la amenaza que eso representaba para ella-. ¿A que es genial?

-No, Irish. No es genial.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

-Thomas.

-Thomas.

-Oh no. Qué horror. Pero no te preocupes. Aunque lo haya visto, puede que no te haya reconocido. Solo han sido unos segundos y no han dado tu nombre. Además, te has cambiado el apellido y tu teléfono no está en la guía, así que no puede encontrarte.

-Eso es lo que me digo a mí misma -suspiró Olivia.

-¿Se lo has contado a Jackson?

-No.

-Cuéntaselo, cielo. Él puede protegerte.

-Me lo pensaré.

-Hablares cuando estés en Dallas. ¿A qué hora os espero?

-Llegaremos al hotel el miércoles por la noche.

-¿Por qué no os quedáis en casa? Tenemos mucho sitio.

Olivia sonrió al recordar la reacción de Jackson cuando ella misma lo sugirió: «De eso nada. Allí habrá tanta gente que estaremos como piojos en costura. Prefiero quedarme en el hotel, así estaremos solitos».

-Es mejor ir al hotel, Irish.

-Bueno, como quieras. En el hotel estaréis solitos.

-Esas han sido exactamente las palabras de Jackson.

Estaba agotada cuando volvió a casa el martes por la tarde. Aparentemente, todo el mundo la había visto en televisión y los nervios y la angustia la

estaban matando.

El sonido del teléfono la hizo dar un respingo.

-¿Dígame? -respondió, nerviosa. Nadie contestó-. ¿Dígame?

Olivia colgó el auricular y se llevó la mano a la boca.

Thomas.

El teléfono volvió a sonar entonces, pero decidió dejar que saltase el contestador.

-Hola, cariño, soy yo -era la voz de Jackson-. Hoy llegaré tarde y...

-¡Jackson!

-Hola, pensé que no estabas en casa.

-¿Has llamado antes?

-No. Me quedan un par de horas en la oficina y no quería que me esperases para cenar. ¿Te importa dar un paseo con Relámpago?

-No, claro. Siento que tengas que trabajar hasta muy tarde.

-Queremos terminar un montón de cosas antes del día de Acción de Gracias, así que andamos como locos. Luego te llamo, cielo.

Colgó antes de que Olivia pudiera decir nada más... aunque ella no le habría confiado sus miedos. Thomas era su enemigo particular. Su adversario, su pesadilla.

Si él no la había visto en televisión, estaba segura de que algún conocido lo habría hecho y pretender que estaba a salvo era una fantasía. ¿No se lo había dicho Thomas la última vez? ¿No le había dicho que nunca podría escapar de él? ¿No la había perseguido por todo el país?

Olivia salió corriendo de su apartamento, entró en la casa de Jackson, cerró con llave y puso la alarma.

Pero no podía alejar los recuerdos, no podía huir de sus miedos. No podía olvidar aquella noche.

Thomas la había pegado en otras ocasiones, una vez incluso tuvo que ingresar en el hospital y mintió a los médicos sobre la causa de los golpes porque él estaba a su lado, actuando como el perfecto marido. Pero él había amenazado con matarla si contaba la verdad. Además, ¿quién habría creído que Thomas Fairchild maltrataba a su esposa? Era un juez muy respetado en California, amigo del gobernador, amigo de su padre.

Al principio estaban enamorados... o eso había creído ella, pero su

matrimonio fue deteriorándose y Thomas se volvió violento.

Olivia intentó dejarlo muchas veces, pero él siempre la encontraba. Una vez fue a casa de su padre y el canalla lo llamó para decirle dónde estaba.

Thomas siempre parecía contrito después de sus ataques y la inundaba de regalos y promesas, pero volvía a las andadas en cuanto algo lo sacaba de quicio.

Estaba aterrorizada. Y con razón. No tenía acceso a sus cuentas corrientes, solo una tarjeta de crédito que él podría cancelar cuando quisiera. Ni siquiera las joyas eran realmente suyas porque estaban guardadas en una caja fuerte, de las que Thomas las sacaba cuando quería ponérselas. Incluso las que había heredado de su madre. Y cuando le dijo que quería trabajar, se negó en redondo.

Harta, una noche reunió coraje para decirle que quería el divorcio. Él se volvió loco. La golpeó, la tiró al suelo, le dijo obscenidades...

«No me dejarás nunca, Olivia. Eres mía y solo mía», le gritaba. «Antes te mato».

Cuando tomó una barra de hierro de la chimenea, ella salió corriendo de la casa y logró esconderse en el jardín de los vecinos.

Esperó allí durante horas, conteniendo los sollozos, sangrando, aterrorizada, hasta que lo vio salir en el Mercedes. Entonces entró rápidamente en la casa, tomó el poco dinero que había ahorrado y subió a su coche.

No se detuvo hasta que había salido de California.

Olivia sintió un escalofrío. Thomas la encontraría. Estaba segura.

Y el instinto le decía que saliera huyendo de allí.

Capítulo Trece

Olivia no se relajó hasta que estuvieron en la autopista. Incluso entonces, no dejaba de mirar hacia atrás para ver si los seguía algún coche.

-Cariño, ¿qué te pasa? Llevas un par de días dando respingos cada vez que oyes un ruido.

-Nada. Solo estoy un poco nerviosa por la reunión familiar.

Jackson apretó su mano.

-No tienes que preocuparte. Les caes muy bien. Mi madre incluso te ha traído un regalo de Japón.

-Jackson, tus padres no pensarán que...

-¿Qué?

-¿No pensarán que estamos prometidos?

Él se quedó callado un momento.

-No hemos hablado de eso.

Olivia se relajó un poco. Durante unos días quería olvidarse de todo y disfrutar. Era imposible que Thomas la buscara en Dallas. Además, estaría rodeada de gente muy poderosa. Aunque la encontrara, no se atrevería a hacerle daño.

No, Thomas esperaría hasta encontrarla sola.

La increíble actividad que tenía lugar en la cocina para preparar el almuerzo de Acción de Gracias hizo que Olivia olvidara sus miedos.

Los padres de Jackson, Anna y Sam, habían traído kimonos para todo el mundo, incluida ella. Para los hombres, con dragones bordados, para las mujeres con flores.

Le gustaban mucho los padres de Jackson que, a pesar de llevar casados cuarenta años, seguían muy enamorados. Eran una pareja muy atractiva. Los dos altos, con el pelo y los ojos oscuros. Anna se parecía mucho a su hermana, Sarah Rutledge, la madre de Kyle. Ambas tenían los pómulos altos y la piel bronceada, por su herencia india.

Kyle era rubio de ojos azules como su padre, el doctor Rutledge.

Los padres de Irish y Eve, Beverly y Al, los dos altos y rubios como sus hijas, eran tan encantadores como los Crow. Les encantaba Texas y Al, sobre todo, presumía de sus recién adquiridas habilidades como pescador.

Todos se sentaron alrededor de una mesa larguísima en el salón que presidía Pete, por supuesto. Él fue el encargado de trinchar... los tres pavos.

Como Irish le había dado el día libre al servicio, tuvieron que ir pasándose los platos unos a otros, muertos de risa.

-Se me ha olvidado la salsa de arándanos -dijo la anfitriona-. Está en la nevera.

-Voy por ella, no te muevas -se ofreció Kyle.

Cuando todos los platos estaban servidos hasta arriba hubo una carcajada general.

-Quizá sería mejor servirse en bandejas -bromeó Jackson.

-Pues yo pienso repetir -dijo Matt.

-Guarda sitio para el postre -le advirtió Eve-. Le he echado el ojo a ese pastel de coco que ha traído Olivia y te vas a morir.

La comida transcurrió entre risas y agradable conversación. Cuando Olivia miró la mesa... con todo el clan reunido excepto la hermana de Jackson y el hermano de Kyle, pensó que era la gente más agradable que había conocido nunca. A pesar de su riqueza, se portaban como una familia normal y la hacían sentir bienvenida.

Las comidas familiares habían sido una tortura para Jason y ella. Se comía en silencio... cuando no tenían que soportar una bronca de su padre. Y cuando Jason se marchó de casa, Olivia se convirtió en el único objetivo de sus vitriólicos comentarios. Su padre no la había pegado tantas veces como pegaba a Jason porque Olivia intentaba pasar desapercibida. Pero Thomas...

No, se dijo a sí misma. Aquel día no pensaría en Thomas. Entonces se percató de que había trece personas en la mesa. Mala suerte si uno era supersticioso.

Olivia sintió un escalofrío.

-¿Qué pasa, cielo? -le preguntó Jackson.

-Nada -contestó ella, con una risita nerviosa-. Acabo de darme cuenta de que somos trece.

-No. Somos catorce -sonrió Irish, tocándose el vientre.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-¿Sabes si es niño o niña? -le preguntó su madre.

-Pensábamos esperar hasta el postre para decirlo, pero...

-Vamos a tener un niño -anunció Kyle.

Cherokee Pete se levantó con la copa en la mano.

-Quiero brindar por mi nuevo bisnieto y por nuestra buena amiga, la preciosa Olivia.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Era maravilloso sentirse parte de una familia.

Entre todos limpiaron la mesa y colocaron los platos en el lavavajillas pero, por supuesto, los hombres se escaparon en cuanto empezó el partido de fútbol.

-Cerdos machistas -les gritó Eve.

-Son imposibles. Cuando hay fútbol, no se puede contar con ellos para nada -dijo la madre de Jackson.

-Desde luego. No han ido al estadio esta tarde porque amenacé a Kyle de muerte -asintió Irish.

Olivia sonrió. En realidad, Jackson se pasaba los domingos por la tarde leyendo con Tami, no viendo el fútbol. Era un hombre completamente dedicado a su trabajo y lo admiraba por ello.

El fin de semana en Dallas fue como un soplo. Olivia lo había pasado de maravilla. Después del día de Acción de Gracias, fueron a ver la granja que Matt y Eve estaban construyendo.

Pasaron tiempo con la familia y consiguieron pasar algún rato solos también. El sábado por la noche fueron al teatro, cenaron en el hotel e hicieron el amor.

El domingo por la mañana volvieron a casa.

Los miedos que habían quedado suspendidos durante el fin de semana despertaron de nuevo. Cuanto más se acercaban a Austin, más angustiada se sentía.

Cuando Jackson subió la maleta a su apartamento, Olivia tenía un nudo en el estómago.

-¿Qué te pasa, cariño?

-Nada, estoy cansada. Pero lo he pasado muy bien, de verdad.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Mi familia está loca por ti. Y yo también.

Olivia hubiera querido pedirle que se quedara con ella, pero sabía que tenía trabajo.

-Descansa un poco. Te llamaré más tarde.

Cuando se marchó, Olivia se apresuró a comprobar los mensajes del contestador. Había una llamada de Tessa pidiéndole que fuera a verla en cuanto volviese de Dallas para contarle qué tal el fin de semana... y habían colgado sin decir nada cuatro veces.

Cuatro veces.

Seguramente se habrían equivocado de número, intentaba decirse a sí misma. Seguramente.

Pero Thomas era juez, amigo de muchos jefes de policía... y podría conseguir su número de teléfono con una sola llamada.

Cerró la puerta con llave y fue a poner la cafetera. Pero nada parecía capaz de calentarla por dentro.

Entonces sonó el teléfono.

Olivia dudó un momento, pero por fin contestó.

-¿Dígame? -dijo, con voz temblorosa. Al otro lado del hilo, silencio-. ¡Quién es, maldita sea!

-Ah, entonces eras tú.

El corazón de Olivia se detuvo una décima de segundo.

Thomas.

Su peor pesadilla se hacía realidad.

-¿Qué quieres? -le espetó, intentando conservar la calma.

-Quiero lo que siempre he querido. A ti. Conmigo, en casa, donde debes estar.

-Yo no soy tuya, Thomas. Estamos divorciados.

-Eres mía, Olivia. ¡Eres mía! Siempre serás mía. Voy a buscarte.

Temblando de miedo, corrió hacia la ventana de la cocina para ver si Thomas estaba en la calle.

-No pienso ir a ningún sitio contigo. ¡Déjame en paz!

-Te vi en televisión con ese bastardo. Pero él no puede tenerte porque eres mía. Sé dónde vives, querida. Vendrás conmigo o te mataré.

Olivia colgó el teléfono y se apoyó en la repisa, temblando. No podía ser... no podía ser...

Tenía que hacer la maleta y salir corriendo antes de que llegase... Entonces vio la casa de Jackson. Si lo llamaba, llegaría corriendo en un instante. Thomas no era contrincante para un hombre como él.

¿O sí?

Podría tener una pistola y no dudaría en usarla. Era un hombre muy celoso y mataría a Jackson si la viera con ella. Estaba completamente segura.

De repente, una extraña calma la invadió. No, no llamaría a Jackson, ni saldría corriendo. Había dejado de correr.

Un coche muy lujoso se detuvo entonces frente a la casa y Thomas Fairchild salió de él.

Olivia llamó a la policía.

-Mi ex marido me ha amenazado de muerte y acaba de llegar a mi casa. ¡Vengan ahora mismo, por favor!

Después, dio su nombre y su dirección.

-Enviamos un coche ahora mismo. No cuelgue el teléfono y no abra la puerta.

-Lo estoy oyendo subir los escalones. ¡Por Dios, está aquí mismo!

-El coche llegará en un minuto, señora. No cuelgue.

Thomas llamó a la puerta.

-¡Olivia! ¡Olivia, abre ahora mismo! ¡Si no vienes conmigo, te mataré!

-No abra la puerta -le advirtió de nuevo el policía.

-¡Juro que te mataré, Olivia!

La puerta crujió cuando Thomas se lanzó sobre ella.

-Está intentando tirar la puerta abajo... ¡La policía está a punto de llegar, Thomas! ¡Vete de aquí!

-¡Abre ahora mismo!

La fuerza de su odio era brutal, pero Olivia no se movió. No lo había denunciado antes a la policía por miedo, pero eso fue en otro tiempo. Si conseguía entrar, lucharía por su vida con todas sus fuerzas.

Entonces la puerta cedió y Olivia tomó un pesado candelabro de bronce.

-¡Ha tirado la puerta abajo! -gritó, sin soltar el teléfono.

Thomas metió la mano por el hueco para quitar la cadena y ella lo golpeó con todas sus fuerzas.

En ese momento oyó una sirena. Dos. Eran dos coches de policía.

-¡Te mataré, zorra!

-¡Policía, deténgase! ¡Levante las manos por encima de la cabeza!

Olivia oyó pasos y empujones por la escalera.

-Ya están aquí -le dijo al policía que estaba al otro lado del teléfono.

-No se mueva de ahí. Espere hasta que algún oficial de policía se identifique.

-Señora, soy el sargento Rodríguez. Ya puede abrir. Le hemos puesto las esposas y mi compañero se lo lleva al coche.

Temblando, Olivia abrió la puerta.

-Gracias. Ha intentado matarme... Presentaré cargos, lo denunciaré por intento de asesinato... Tengo un testigo, el policía que está al teléfono.

-Tranquila, señora. Vamos a llevarlo a la comisaría. No se preocupe, ya no puede hacerle daño.

Ella se dejó caer en el sofá, exhausta.

-¡Olivia, Olivia! -escuchó entonces la voz de Jackson-. Cariño, ¿qué ha pasado?

-Era mi ex marido. Me vio en la televisión y vino a buscarme. Qué miedo he pasado. Iba a matarme...

Él la estrechó entre sus brazos.

-Ese canalla... Lo mataré si vuelve a acercarse a ti. ¡Tú eres mía y no dejaré que nadie te toque!

Olivia intentó apartarse.

-No digas eso jamás. Yo no soy tuya, no soy de nadie. ¡Suéltame!

-Cielo, cálmate.

-¡No quiero calmarme! ¡Vete de aquí, Jackson!

-No pienso irme mientras estés tan nerviosa. Deja que te cuide...

-¡Estoy perfectamente! No necesito que nadie cuide de mí, muchas gracias. ¡Vete ahora mismo!

Estaba haciéndole daño con sus palabras, pero le daba igual. Aquel era un

momento terrible para ella.

Los vecinos habían salido a la calle y estaban observando el espectáculo, pero tampoco le importó.

Olivia cerró la puerta como pudo y se dejó caer sobre la cama, llorando, maldiciendo a los hombres que le habían hecho tanto daño.

Cuando por fin pudo dejar de llorar, se quedó mirando al techo. Quizá había reaccionado de forma exagerada con Jackson, pero sus palabras habían despertado el miedo de nuevo. «Suya».

Ella no le pertenecía a nadie más que a sí misma. Y nunca jamás permitiría a ningún hombre pensar que era su dueño.

Afortunadamente, había visto ese lado suyo tan posesivo antes de... antes de que la relación fuera más seria.

Su primer impulso fue hacer la maleta, pero decidió no hacerlo. Estaba harta de escapar.

Aquella vez se quedaría. Le gustaba su trabajo, le gustaba Austin y no pensaba dejar que un hombre arruinase su vida.

Después de lavarse la cara Olivia llamó a Tessa, pero estaba el contestador. Entonces llamó a Joanna.

Dormiría en su casa durante unos días hasta que arreglasen la puerta y hasta que pudiera estar segura de que Thomas no iba a aparecer por allí.

Pero no se marcharía de Austin.

Capítulo Catorce

Jackson no quería dejar a Olivia en aquel estado, pero estaba tan furiosa, tan histérica... y con razón. Intentó ponerse en contacto con Tessa, pero los Journey no estaban en casa.

No quería llamar a Irish porque estaba embarazada y le daría un disgusto, de modo que llamó a su madre, la mujer más sabia que conocía.

Ella le aconsejó que hiciera todo lo posible para que su ex marido no pudiera volver a atacarla y, sobre todo, que le diera un poco de tiempo.

-Hazle saber que te importa, pero no la presiones.

-De acuerdo.

-A tu padre y a mí nos gusta mucho Olivia. En nuestra opinión has tenido mucha suerte.

-Sí, mamá -sonrió él-. Ya sabes que yo siempre tengo suerte.

-Tengo la impresión de que esto va por buen camino -rió su madre.

Después de colgar, Jackson llamó a la persona que más podía ayudarlo: Mitch Harris.

-Como gobernador, no puedo hacer nada personalmente, pero el jefe de policía me debe un par de favores. Deja que llame a George y me entere de cómo va el asunto. Ahora te llamo.

Durante una hora Jackson paseó por la casa esperando la llamada de Mitch y cuando sonó el teléfono, lo descolgó inmediatamente. Pero no era Mitch, sino Tessa.

-Olivia me ha dejado un mensaje contándome que está en casa de una amiga. ¿Qué ha pasado?

Jackson le contó todo lo que sabía. Y le preguntó qué debía hacer él.

Tessa le aconsejó lo mismo que su madre: esperar.

-He llamado al gobernador para pedirle que me eche una mano, pero no se lo digas. Y acabo de llamar a un carpintero para que arregle la puerta.

-Olvídate de la puerta. Ed se encargará de eso.

Media hora más tarde, llamó Mitch.

-¿Tú sabías que Thomas Fairchild es un juez de California?

-¿Un juez? Ni idea.

-Olivia ha llamado para pedirme ayuda hace quince minutos.

-Espero que no le hayas dicho que yo también te he llamado.

-Lo siento, pero sí. No sabía que era un secreto.

Jackson ahogó una maldición.

-Bueno, ¿qué sabes?

-Por lo visto, Fairchild estaba a punto de salir de la comisaría cuando George intervino. Olivia puede conseguir una orden de alejamiento, pero a veces no sirven de nada. Se me ha ocurrido una idea mejor.

-¿Cuál?

-Harlon Swain y yo vamos a visitar a Fairchild en la comisaría.

Harlon Swain era un juez muy respetado en Texas que tenía amigos en todas partes, sobre todo en Washington, cerca del Presidente.

-A ver si podéis meterle miedo a ese canalla.

-Harlon cree que sí. Por lo visto, para él ser juez es muy importante. Y las apariencias también, según Olivia. Podemos acompañarlo al aeropuerto sin presentar cargos o mandarlo a la cárcel, que él elija. Pero si lo dejamos marchar, tiene que jurar que nunca volverá a poner los pies en Texas.

-De todas formas, eso es algo que debe decir Olivia.

-Sí, por supuesto. Por cierto, ¿qué ha pasado entre vosotros, amigo? Cuando le hablé de ti se quedó fría como el hielo. ¿Está enfadada contigo?

-No intentes nada, Mitch. Sigue siendo... mi novia -contestó Jackson. Había estado a punto de decir «mía». Pero tendría que borrar aquella palabra de su vocabulario-. Llámame cuando hables con Fairchild. Y no le digas a Olivia que hemos hablado. No puede soportar que nadie se meta en sus asuntos.

Durante los siguientes días, Jackson intentó ser paciente. Por lo que Mitch le contó, Harlon Swain se había puesto serio y Fairchild tomó el primer avión para California. El canalla no quiso desaprovechar la oportunidad de mantener su trabajo y su buen nombre... Pero Olivia había decidido presentar cargos de todas formas. Y según Swain, aquella vez tendría que pasar algún tiempo a la sombra.

Ella estaba de vuelta en su apartamento. La puerta estaba arreglada y Jackson la vio entrar y salir, pero no contestaba al teléfono ni respondía a sus mensajes.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Le enviaba flores cada día... incluso le envió comida a domicilio cada noche con una nota, preguntándole si quería compartirla con alguien.

Pero nada. Ninguna respuesta.

Ni siquiera una nota de agradecimiento.

Paciencia, se decía a sí mismo.

Olivia pudo ignorar la comida china, la langosta, el filete de lenguado en salsa de champán, los tacos mexicanos... pero cuando abrió la última caja casi se puso a llorar. Dentro había perritos calientes con mostaza y seis latas de cerveza. La nota decía: *Llámame, cariño. Me muero de hambre.*

Había intentado olvidarse de Jackson, se había dicho a sí misma que no podía arriesgarse otra vez...

El problema era que estaba enamorada de Jackson Crow, así de sencillo.

Había sido muy dura con él la noche del asalto, pero su vida había vuelto a ser suya y podía pensar racionalmente. Y se daba cuenta de que Jackson no era como Thomas en absoluto. Protector, desde luego. ¿No había llamado a Mitch para ayudarla? Pero no era dominante, no era posesivo.

Y lo echaba tanto de menos...

Olivia tomó el teléfono y marcó un número que sabía de memoria. Jackson contestó inmediatamente.

-¿Quieres venir a comer perritos calientes?

-Ahora mismo voy para allá. Ni siquiera se despidió, sencillamente colgó el teléfono a toda prisa. Desde la ventana de la cocina lo vio salir corriendo, al tiempo que se ponía una camisa. Iba descalzo.

En cinco segundos estaba llamando a su puerta. Cuando Olivia abrió, estaba gansamente apoyado en la pared, con una sonrisa en los labios.

-Entra -le dijo, conteniendo una sonrisa-. ¿Quieres una cerveza?

-Pues sí, gracias.

-¿No tienes frío en los pies?

Él miró hacia abajo, sorprendido.

-Anda. Y yo haciéndome el gracioso...

Olivia soltó una carcajada.

-Eres un payaso, Jackson Crow.

Incapaz de soportarlo un segundo más, le echó los brazos al cuello. Jackson no necesitó más estímulo para besarla en los labios hasta que se le doblaron las rodillas.

-Cariño, casi me vuelvo loco sin ti. Te quiero muchísimo.

-Yo también te quiero, Jackson. -¿Lo dices de verdad?

-Lo digo de verdad. Yo también te he echado de menos.

-Promete que te casaras conmigo, Olivia.

-No puedo prometerte eso. No estoy preparada para un compromiso tan serio. Puede que nunca lo esté. Hay tantas cosas que no sabes de mí...

El tomó su mano para llevarla al sofá. -Cuéntamelo. Cuéntamelo todo. Y ella lo hizo. Le contó cómo su padre pegaba a su madre, cómo su hermano se marchó de casa en cuanto pudo, le habló de su novio de la universidad, de las palizas de su marido. Le contó toda su historia.

Jackson cerraba los ojos cuando no podía soportar algo, pero no decía nada. Cuando Olivia terminó su relato, la apretó contra su corazón.

-¿Entiendes ahora por qué me dan miedo las relaciones sentimentales? No es que no te quiera, Jackson. Es que soy muy recelosa.

-Esperaré.

-Puede que nunca esté preparada para casarme.

-Te quiero con toda mi alma, Olivia. Esperaré. Y mientras tanto, aceptaré lo que quieras ofrecirme -sonrió él-. Has aportado color a mi vida, has cambiado mi forma de ver las cosas. Pero el único color que merece la pena es el color de tus ojos. Esperaré, cariño.

Epílogo

Las carreteras eran como un manto rojo, los campos de Texas cubiertos de amapolas. De vez en cuando, alguna margarita, alguna flor silvestre.

Olivia y Jackson iban a casa de Irish para conocer a su hijo recién nacido, Joshua.

-Kyle parecía a punto de desmayarse -rió Jackson-. Pero Irish y el niño están estupendamente. Tres kilos novecientos. No está mal, ¿eh?

Olivia estaba deseando ver a su amiga. Estuvieron juntas en Navidad, pero ardía en deseos de conocer al niño.

En aquellos meses había conocido a Jackson mucho mejor. Era completamente diferente de Thomas y su padre. Tenía carácter, pero no era en absoluto violento. Era un hombre muy generoso.

Cada día estaba más segura de poder comprometerse con él. En lugar de darle miedo, la idea la llenaba de felicidad. Adoraba a Jackson Crow... Olivia sonrió. Y estaba para comérselo.

Todo el clan se había reunido en casa de Irish, incluso la hermana de Jackson, la congresista Ellen Crow O'Hara. Solo faltaba Smith, el hermano de Kyle. Tampoco había aparecido por allí en Acción de Gracias o Navidad.

-No sé qué le pasa a ese chico -suspiró Pete-. Lo echo mucho de menos.

-Ojalá estuviera para conocer a su sobrino -dijo Irish, apartando la mantita para mostrarles la cara de Joshua-. ¿A que es precioso?

-Guapísimo. ¿Puedo...? -sonrió Olivia. Cuando lo tuvo en sus brazos, sintió una ola de calor maternal-. Qué maravilla -dijo, mirando a Jackson-. ¿Por qué no tenemos uno igual?

Él la miró, sorprendido.

-Cuando tú quieras. Pero solo si te casas conmigo.

-De acuerdo.

-¿Lo dices en serio, cariño?

-Sí, mi amor.

El grito de Jackson pudo oírse en todo Dallas. Incluso en Austin.

Fin.